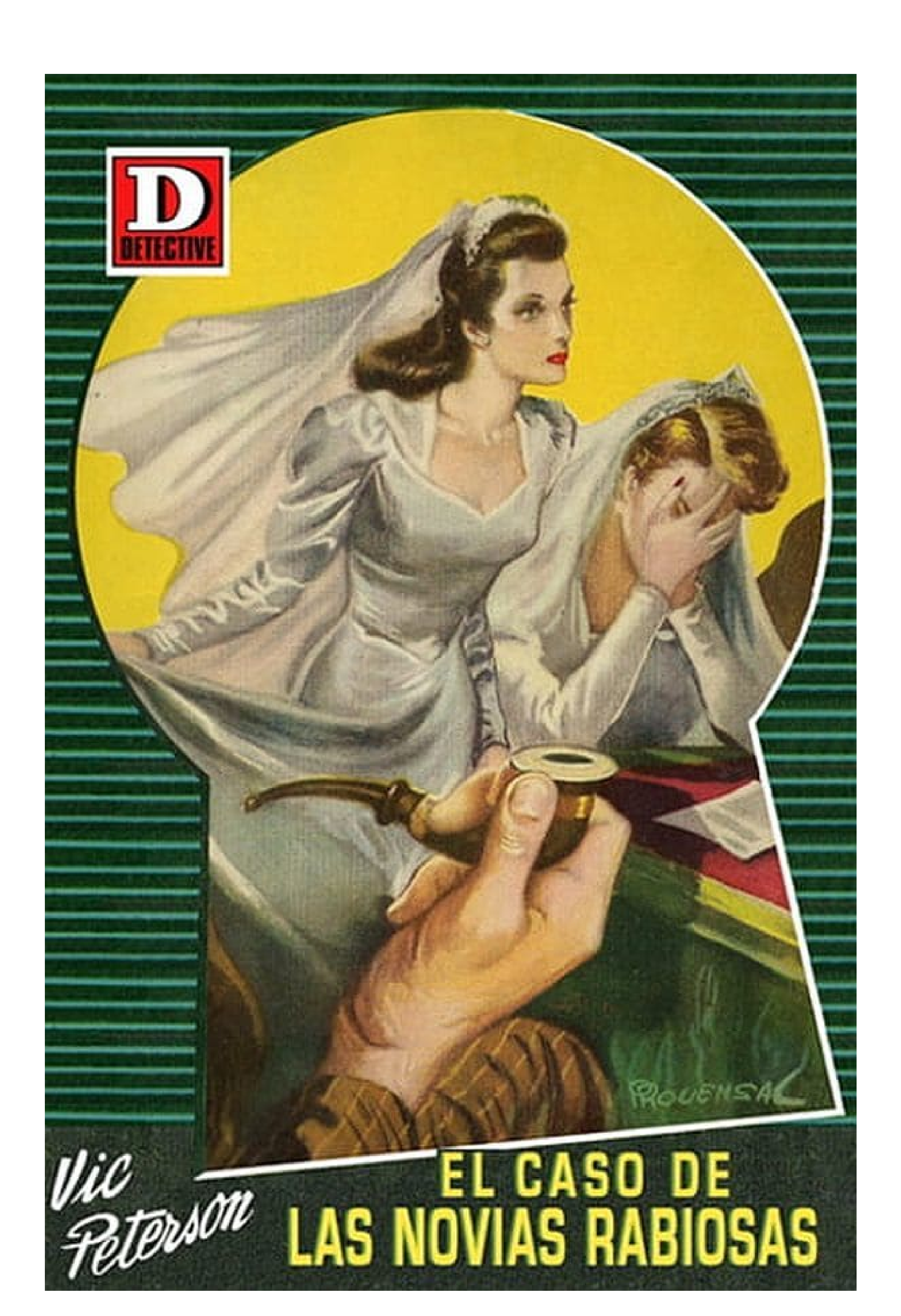

D
DETECTIVE
PROVENSAL
Vic Peterson
EL CASO DE
LAS NOVIAS RABIOSAS

—¿Qué sabes del encantador y embustero príncipe Mihail? —preguntó Carol Leroy.

Su interrogación fué hecha en tono muy cariñoso, pero con la intención de un banderillero.

Margaret Gaynor replicó con bien simulada indiferencia desdeñosa:

—Un feliz día, Mihail desapareció de California, y no he vuelto a saber nada de él. ¿Has tenido, acaso, noticias suyas?

—Yo no fui su novia, Margaret, sino tan sólo una amistad. ¿Y tu prima Lizza sigue tan graciosa? ¿Siempre con su manía divertida?

—Una manía que a nadie perjudica.



Vic Peterson

El caso de las novias rabiosas

Detective - 11

ePub r1.0
LDS 23.03.18

Título original: *The case of the Mad Bridemaids*
Vic Peterson, 1953
Traducción: T. López Alsina
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso de las novias rabiosas
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

CAROL LEROY

1

—¿Qué sabes del encantador y embustero príncipe Mihail? —preguntó Carol Leroy.

Su interrogación fué hecha en tono muy cariñoso, pero con la intención de un banderillero.

Margaret Gaynor replicó con bien simulada indiferencia desdeñosa:

—Un feliz día, Mihail desapareció de California, y no he vuelto a saber nada de él. ¿Has tenido, acaso, noticias suyas?

—Yo no fui su novia, Margaret, sino tan sólo una amistad. ¿Y tu prima Lizza sigue tan graciosa? ¿Siempre con su manía divertida?

—Una manía que a nadie perjudica.

—¿Tampoco ha sabido nada del adorable Bela?

—Bela Lukas y Mihail Dulovitch eran inseparables, como bien sabes. Les gustaba viajar, y por lo visto en Hungría debe ser costumbre despedirse sin avisar, ahorrándose así emociones.

—En realidad, sabíamos poco de ellos, y los europeos suelen ser extravagantes. A propósito, ¿qué tal sigue vuestro interesante tutor?

—Más interesante que nunca, Carol. No hace mucho hablaba de ti.

—¿Y puede oírse con calma lo que de mí decía? —rió Carol Leroy.

—Ya le conoces sobradamente. Dijo que te invitáramos a pasar unos días en el caserón, porque eres un alegre cascabel.

—¿Nada más? Tanta benevolencia me extraña en vuestro tutor.

—Añadió un comentario que considero exagerado. Dijo que, por suerte para ti, te enseñaron desde pequeña a hablar sin morderte la lengua, porque sin esta precaución, no hubieras cumplido los diez años.

—Muy simpático e ingenioso. ¿Tú crees que mi lengua es venenosa?

—Entre nosotros, Carol, puedo decirte que te considero una buena amiga, aunque demasiado imaginativa. ¿Puedo asegurarle a Lizza, que pronto nos alegrarás con tu visita?

—Un día de éstos, sin falta, os visitaré. Hasta pronto, mi querida Margaret.

Se rozaron las mejillas, y cada una volvió al volante de su coche, emprendiendo camino opuesto.

Carol Leroy hacia Los Angeles, y Margaret Gaynor la pendiente hacia los pinares del litoral Norte.

2

—Pides, casi lo imposible, Carol. ¡Joe, otro «Alexandra»!

El camarero interpelado, maniobró con pulcro dinamismo, y Carol Leroy ofreció uno de sus cigarrillos especiales a la amiga que estaba consultando.

—Es para una indagación muy delicada. Ya sé que en la ciudad abundan los detectives privados, pero yo necesito un cerebro de categoría, una inteligencia privilegiada, y que personifique la discreción.

—Leo Monk.

—¿Quién es ése?

—Leonard Monk es el supercerebro que buscas. Te advierto que te dejará estupefacta con sus procedimientos… y con la cantidad que pide por consulta. Pero no es un detective privado al alcance de todos los bolsillos. ¿Recuerdas a Beryl, la que se divorció del cauchero? Fué a consultar a Leo Monk, y durante unos días, estuvo como alelada, rebosante de maravillada admiración. Y no hay duda que Leo Monk, ha de valer, cuando supo permanecer soltero, después de todos los intentos de Beryl. ¿Por qué no hablas con

Beryl? Viene por aquí hacia las siete. Por tres veces consultó a Leo Monk. Le costó trescientos dólares, pero le resolvió lo que ella se proponía en su primera visita, y supo resolver también sin contratiempos lo que ella se proponía en las otras dos visitas.

—Entonces, debe ser realmente un talento Leo Monk. Hablaré con Beryl.

3

—Mi enhorabuena, Beryl. Ya me han dicho que vas a contraer eternas nupcias por cuarta vez. Te admiro. Estás a prueba de desilusiones. A propósito, una amiga mía desea consultar un investigador inteligente y discreto, y le han recomendado a un detective llamado Leonard Monk.

—Un bicho, es un bicho, Carol.

—¿De qué especie zoológica?

—Incalificable. Alguna vez te habrá ocurrido al bañarte, cuando el agua estaba muy jabonosa, perder tu pastilla, y buscarla a tientas. Es desesperante cómo se escapa cuando una cree tenerla, cogida, ¿verdad? Esto es Monk. Una pastilla de jabón escurridiza.

—Ya veo. Un melifluo hipócrita…

—Todo lo contrario. Físicamente, un Spencer Tracy, más alto y con menos edad. Mentalmente un portento. Te asombrarás y… Bueno, se asombrará tu amiga, pero adviértele que la consulta vale cien dólares. Y que si su chisme no es de categoría, Leonard Monk se quedará con los cien dólares, pero la echará a la calle. Muy elegantemente, pero cuando reaccione ella, estará en La calle.

—¿Es discreto?

—Asquerosamente discreto.

—Imparcialmente, Beryl, ¿vale, realmente, cien dólares contemplar de cerca a ese bicho prodigioso?

—Lamento reconocer que las rarezas de Leonard Monk, hasta las que pueden parecer más absurdas, te demuestran después con abrumadora precisión, su lógico fundamento.

—¿«Pose» de genio superdotado?

—Eso me creí la primera vez. La segunda, empecé a tener mis

dudas, y la tercera, me salí en franca retirada. Dile a tu amiga que se lo piense antes de visitar a Monk. Reside en el número 153 de Almonds Avenue, y sólo recibe de ocho a once de la noche. Nadie le ha visto a la luz del sol.

—Estremecedor. ¿Es un vampiro?

—Yo también me reí la primera vez, Carol. Perdona que te deje, pero ahí llega mi prometido.

—Es envidiable tu memoria para los nombres, Beryl.

—No es un secreto. A todos les llamo igual: «Tormento». Aplica esta fórmula, cuando te salga el primer aspirante a prometido. Adiós querida.

Carol Leroy prefirió sonreír dulcemente, y contar entre dientes hasta diez. Ya calmada, miró su reloj. Faltaban aún veinte minutos para Las ocho. En su coche, llegaría en punto a las ocho al 153 de la Avenida de los Almendros, uno de los barrios exteriores de Los Angeles.

4

El 153 de la Avenida de los Almendros, tenía como la mayor parte de los edificios de aquella arteria, un parque de césped y arbustos de verde hoja perenne, en torno.

Había otras construcciones más pintorescas, aunque no dejaba de llamar la atención la particular estructura de ésta: una planta baja cuadrada, con terraza y porches a los cuatro costados, y un solo piso en el centro.

Un solo piso que se elevaba como una torre o atalaya, apuntando hacia el cielo su cónico remate.

Carol Leroy no tuvo que descender del coche, porque la verja se abrió sin humana presencia. Condujo hasta el pórtico iluminado, muy dispuesta a no dejarse asombrar.

Paró el motor, y descendiendo, examinó los tres escalones. Posiblemente pisaría algún resorte oculto bajo la alfombrilla central, y se abriría también sola, la puerta de madera tallada.

Subió los tres peldaños, desdeñando la muda invitación de la alfombrilla. La puerta se abrió cuando ella iba a pulsar el disco

brillante.

Una mujer, de negro cabello en trenzas formando diadema, ojos rasgados, y tez muy morena, que vestía un combinado falsamente colegial de blusa blanca con chalina negra, falda escocesa y sandalias blancas…

Un recibidor ascético, casi tétrico, de muebles incómodos…

—Leonard Monk la recibirá al instante —moduló la morena, señalando al lado izquierdo del recibidor. Había cuatro puertas desnudas de toda orientación en forma de letras con un nombre.

—De las cuatro puertas, ¿con cuál me quedo, señorita?

—Esta misma, señorita.

Y la morena introductora de visitáis, empujó la puerta más próxima. Carol Leroy entró, encendiendo un cigarrillo.

Una amplia sala, cuyo techo tenía las constelaciones del Zodíaco pintadas en esmalte azul. Un suelo liso y pulido. Paredes lisas y pulidas.

Una mesa larga en el centro, con dos entrantes cóncavos. En el más próximo, un taburete de recto respaldo. No había más mobiliario, salvo el sillín, silla o taburete que en la otra concavidad, ocupaba Leonard Monk.

«Un Spencer Tracy, más alto y más joven…».

De piel muy blanca, y sonrisa ambigua. La luz azul que parecía brotar en decreciente escala desde el falso cielo del techo, daba mayor riqueza al intenso negror del ébano de la mesa, y al color ambarino de la chaqueta de pana, abotonada muy alta, abullonado el pañuelo de seda roja que rodeaba el cuello de Leonard. Monk.

Carol Leroy avanzó muy despacio, deseosa de oír la voz masculina, pero Leonard Monk, siguió sentado, sonriendo en mueca mínima, pero de máximo contenido ambiguo.

—Buenas noches. ¿Debo chillar o puedo sentarme?

—Buenas noches, señorita Leroy.

Una voz normal, amable… Ella se sentó.

—No me diga el truco. Su abridora de puertas ha leído mi patente, y por un teléfono invisible, le ha comunicado mi nombre.

—Le expondré tres requisitos esenciales, señorita Leroy, sin los cuales no puedo prestarle la atención que usted requiere.

—Como en la sesión «Lo toma o lo deja» de la radio, ¿no? Si he venido a visitarle, señor Monk, es porque estoy dispuesta a tolerar

las excentricidades decorosas.

Una luz blanquísima brotó delante de Carol Leroy sobre el tablero negro, en un recuadro de cristal opaco. Deslumbrada un instante, ella parpadeó.

—¡Sus manos!, señorita Leroy, aplíquelas sobre la pantalla. No es preciso la toque. Muchas gracias. Primer requisito.

La luz blanquísima se apagó. La voz hizo su segunda invitación:

No es preciso el año. Dígame tan sólo el día y mes en que nació, señorita Leroy. Segundo requisito.

—Un catorce de diciembre, y según mi abuela era sábado y nevaba, señor Monk.

—Y ahora, el último requisito.

Hasta entonces, él no había demostrado que su persona estuviera dotada de movilidad. Sobre el negro ébano destacó la larga mano musculosa, que descorrió un cierre, y un panel se deslizó.

Sobresalió un recipiente circular plateado, que vibró girando y haciendo saltar en su interior pequeños guijarros de diversos colores y fina arena.

—Cuando el vibrador se detenga, señorita Leroy, la arena y las piedras de color, adoptarán una forma confusa. Le ruego me diga qué imagen le sugiere la inmovilización.

—Los psiquiatras emplean una cuartilla, echan un borrón, y doblan la cuartilla. Después, hacen la misma pregunta, señor Monk.

El disco cesó de girar. La arena ya no susurró y las piedras dejaron de imitar el repiqueteo de bolitas de ruleta.

—Una aurora sobre un oasis de cuatro palmeras, señor Monk.

—¿Algo más?

—En el centro hay como una colina o peñasco colorado, del que brota un chorrito de agua plateada. Y no veo más. ¿Es bastante, no?

—Gracias.

Cerró Monk el panel, y al retirar la mano, la luz azul se tornó normalmente blanca. En la lisa mesa no había siquiera un cenicero. Carol Leroy había dejado caer su cigarrillo al suelo.

Sonrió irónica:

—El cuarto requisito, señor Monk.

De su bolso extrajo un billete de cincuenta dólares y de un billetero, cinco de diez. Los extendió sobre la mesa.

—Me dijeron que era el precio de su consulta.

—Que aceptaré, si lo que ha de confiarme compensa su desembolso.

—Un fino modo de decirme que no recogerá el dinero, si le cuento chismes sin importancia. Me consideran antipática, señor Monk, porque acostumbro a decir lo que pienso, a aquéllos cuya amistad no me importa.

—En Inglaterra a esa cualidad la llaman mala educación, señorita Leroy. En California y entre estas cuatro paredes, la franqueza sólo perjudica a quien abusa de ella, y no es su caso, señorita Leroy.

—No he dicho todavía ninguna mentira. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Para mentir, escaso tiempo, señorita Leroy.

—Me refiero el que puedo robar de su muy precioso horario, señor Monk.

Leonard Monk sonrió sin ambigüedad. Con gestos muy semejantes al de un prestidigitador, de estantes ocultos a cada lado de su sillón, extrajo un cenicero en forma de media luna, y una caja plana, con tres rimeros de cigarrillos.

Ella denegó la oferta, y Monk cogió un «Muratti» de boquilla roja, que encendió con un mechero alargado, que volvió a colocar en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Unas manos elocuentes, señor Monk. Me será más fácil llamarle Leonard.

—Gracias, Carol.

—¿De qué me conoce. Leonard?

—Todo a su tiempo. Lo que no debe usted poner en duda ni un instante, es que mi reputación más o menos variable, tiene un punto inconmovible, Sólo mis oídos captan y retienen lo que oyen.

—Eso aseguran. Iré pues a la exposición del motivo de que esté aquí. Está mañana encontré casualmente en la carretera norte a una buena amiga mía, llamada Margaret Gaynor. Reside, desde hace cerca de tres años, en un caserón, tétrico por fuera, pero muy confortable por dentro, en una altura del poblado de San Nicolás. Con su prima Elizabeth, y un tutor irlandés, extravagante. Un cascarrabias de humor variable como los giros de una veleta. En el poblado llaman a Margaret y a Lizza, las Novias Rabiosas.

—Concretamente, ¿quién del poblado califica así a dichas señoritas?

—Todos y nadie. Margaret Gaynor conoció, hace meses, a un europeo encantador. Un príncipe húngaro, Mihail Dulovitch, que le fué presentado en Los Angeles, así como su acompañante, un actor húngaro llamado Bela Lukas. Fueron invitados al caserón, y se anunció el noviazgo de ambas primas con los dos húngaros. Margaret se enamoró perdidamente de Mihail, y Liza, locamente, ésta es la palabra, de Bela Lukas… Dieron fiestas, exhibieron sus novios, y de pronto, ellos dos desaparecieron, hace cosa de un par de semanas. No fueron vistos en Los Angeles ni en ninguna ciudad del litoral, y sin embargo eran gente. Los periódicos hablaban de ellos, y conocían a muchos personajes por California. Han desaparecido como si la tierra se los hubiese tragado.

—La policía haría averiguaciones, al igual que los periodistas.

—Ninguna.

—Dígame su interés en mi indagación.

—Yo quise a Mihail.

—¿No le quiere ya?

—Sigo queriéndole.

—Entonces, ¿por qué habló en pasado de él?

—No pude evitarlo. Se ha formado como una obsesión en mi subconsciencia. Será ridículo, pero no consigo vencer una horrible y pérfida idea…

—¿Que los dos húngaros hubiesen muerto misteriosamente?

—Exacto. Margaret y Lizza son ricas, y no feas. Pero muy románticas, casi anticuadas, aunque deportistas. Unas poetisas con bikini, si así me hago comprender. Sólo ellas dos, no se dieron cuenta que Mihail y Bela se divertían, pero sin pensar en casarse, aunque realizaron las primeras gestiones. Petición de documentos, etc.

—Usted supone que estos dos visitantes, inflamaron románticamente a las dos primas, las cuales al descubrir que eran dos donjuanes, decidieron suprimirlos.

—Nadie en el poblado se atreve a declararlo en voz alta, pero yo sé que pensarán como yo, muchos de ellos.

—Entre los que habrá un policía rural, o alcalde, o juez civil.

—No puedo acudir a autoridades legalizadas, porque podría

incurrir en delito de calumnia, y además Margaret es amiga mía… Pero yo quise a Mihail, y sé que él se hubiera despedido de mí, si hubiera decidido abandonar California.

La diestra de Leonard Monk avanzó, recogiendo de encima de la mesa los seis billetes. Dijo:

—Ya no es preciso que por esta noche, hablemos más, Carol. Un auxiliar mío pasará a visitarla en cualquier momento, apenas tenga yo una noticia que compense su desembolso.

—¿Cómo se llama su auxiliar?

—Mark Gilbert.

—¿El columnista chistoso? Le conozco de vista. Parece un lunático.

—No lo es. Buenas noches, señorita Leroy.

—¿Puede confiarse a un periodista como Gilbert? Bebe, y debe dinero en todos los bares. Si llego a saber que ha de enterarse Mark Gilbert, no vengo.

—Sólo se enterará, si realmente hay algo cierto en sus sospechas. Me despido de usted, porque voy a recluirme en la torre para meditar.

Leonard Monk se dirigía ya hacia la pared del fondo. No la atravesó, sino que se internó por una puerta muy perfectamente aglomerada al tabique, pero cuya manecilla no pudo ver Carol Leroy.

Resignadamente, ella se levantó. No tenía objeto continuar allí a solas.

En el exterior, la morena desconocida, leía una revista de modas, en pie.

—Buenas noches. Ya que usted vio mi patente, y sabe mi nombre, podemos saludarnos por el apellido.

—Buenas noches, señorita Leroy. Servidora de usted.

Carol Leroy contó hasta diez, y ya en su coche, puso el contacto. Arrancó de mal humor, lamentando no los cien dólares, sino el haber visitado a Leonard Monk.

CAPÍTULO II

MARK GILBERT

1

—Su especial, Mark —anunció la camarera, dejando sobre la mesita una copa alta y estrecha, donde un líquido blanquecino trataba de mezclarse con otro rojizo, formando un tornasolado en cuyas caprichosas volutas se fijó, extasiado, el bebedor.

La camarera regresó al mostrador de aquel cafetín. Un chofer preguntó:

—¿Qué veneno es aquél que le has servido, Mildred?

—Un «sol y sombra», que así lo llama el señor Mark Gilbert. Ginebra y coñac, a partes iguales. Si no fueras un inculto analfabeto, sabrías quién es Mark Gilbert. Tiene dos columnas en el «Mirror». Una de chistes extraños y otra de burbujas, así las llama. Es un tercer «sol y sombra», y ahora se pone simpático.

—Hombre, voy a probar si me habla. Tengo curiosidad por conocer de cerca uno de esos periodistas.

El chófer, con su doble de cerveza, se aproximó a la mesa, y solicitó:

—¿Estorbo?

Mark Gilbert, alto, larguirucho, de cabello revuelto, y cara entre mefistofélica y risueña, señaló ante él una silla:

—Sólo estorban los acreedores suplicantes. Siéntese, amigo. Creo que usted pertenece a la rara especie que tiende a desaparecer, de aquéllos a quienes no debo dinero. Usted lleva un coche por profesión, pero dedíquese a estudiar el tráfico. De cada diez coches, al volante hay nueve caras de tendero, y sólo una de intelectual.

¿Qué demuestra? Que si tiene hijos, es su obligación paternal, no enseñarles a leer y escribir, sino embutirles una sola operación. Compro a tres y vendo a seis. Es el secreto mágico. Tanto gusto y a su salud, amigo.

—A la suya, señor —dijo, cohibido, el chófer.

—Tal como me ve, soy una víctima del deber. La clásica víctima del deber. Me asedian los acreedores, y todos o casi todos son tan amables, que me avergüenzan. Prefiero el acreedor chillón, porque lo manda uno al cuerno y se queda uno como si hubiera comido un pavo trufado. Oiga, no me diga que lee usted mis dos columnas.

—No, no, señor.

—Es usted un tipo con paladar. ¡Mildred! Sirve a mi amigo lo que quiera.

—Usted debe ganar un montón de dinero.

—Puede que sí, pero arrastro un déficit antiguo. Tragedias vulgares de la vulgar existencia. Veamos cómo reacciona la «ridentis popularis». Me interesa ver si se ríe o qué…

Del bolsillo de su chaquetón, extrajo Gilbert un block, hizo correr páginas, y explicó:

—Es para la columna titulada «Si dijéramos la verdad…». Esto quieren ser dos señores que se encuentran y el uno le pregunta al otro: «¿Qué tal su esposa?». Y el otro contesta: «Disfruta de una salud a prueba de bomba… desgraciadamente».

Mark Gilbert miró al chófer que perplejo, fruncidas las cejas, preguntó:

—¿Dónde está el chiste?

—Me lo figuraba. Es demasiado cerebral. Hablemos de otra cosa… Ya no, porque llega la persona que estaba esperando. Tanto gusto y siga, feliz sin leerme.

El chófer se marchó. Había corroborado su sospecha de que todos los periodistas tenían los tornillos flojos.

Una muchacha morena, de ojos rasgados, boca ancha, y busto opulento, marcado por la blanca blusa, vino a sentarse, desparramando su amplia falda escocesa.

—Eres la solidificación prieta y turgente de mis sueños solitarios, Luana. Cuando me dicen en uno de estos lugares de perdición ansiada, que me buscas, siento escalofríos tocando el xilofón en mi espina dorsal.

—Calculo que siendo las once tan sólo, habrás bebido tu cuarta mezcla. Estás simpático, pero apártate un poco, Mark. Hablarnos de tan cerca, me da tortícolis. ¿Conoces a un príncipe húngaro llamado Mihail Dulovitch?

—«¡Oh, lá, lá, mé ui, madamuasél Luaná, shéri mamur!». De esos tipos con llamas de terciopelo en los ojos que le pasan el bigote por las manos a todas las Evas y tienen más cuento que «Las Mil y una Noches».

—¿Dónde está?

—A esta hora, bailará con alguna embobada o se esconderá tras el cortinaje de una, alcoba. Un seductor profesional, el verdadero Don Juan, porque dispone de veinticuatro horas al día para decir melosidades con arte a cualquier señora entre los dieciocho y cincuenta.

—¿Conoces a Bela Lukas?

—Son ombligo y camisa. Bela Lukas ya es más simpático. Un actor guapote, que las enamora sin querer.

—¿Podrías encontrarlos a los dos pronto?

—Es sencillo. «*Cherchez la femme*». Basta averiguar cuál fué la última señora en compañía de Mihal Melosobich, que correteaba retozona por los salones de bebestorio con bailoteo, y ya está el primer hilo de la madeja.

—La última que fué vista con Mihail, se llama Margaret Gaynor, y reside en una casa del poblado de San Nicolás. El coche de Monk está fuera. Es como siempre, algo muy discreto. Llámame cuando regreses, Mark.

—Dame un beso, Luana…

Pero ella previniendo el ataque, estaba ya en pie, y musitó:

—Es una pena, Mark, con lo inteligente que eres. Hasta mañana.

—«Siempre estás en mi corazón».

—Para gastos de sondeo, Mark.

Dejó ella sobre la mesa un sobre, y se marchó. Mark. Gilbert rasgó el sobre, y extrajo un billete de cincuenta y cinco de diez. Los besó emocionado. Colocó el de cincuenta plano sobre la mesa y sopló fuerte…

—Recógelo al vuelo, Mildred. Si falta, nada para ti. Si sobra…

Ella atrapó el billete cuando planeaba hacia el suelo. Mark Gilbert silbó, parpadeando…

—«Dos palomas gemelas tibias y palpitantes entreví en blanco relámpago, Mildred»… ¿Cuándo vas a quererme?

—Su cuenta asciende a treinta y siete, señor Gilbert.

—Me llamas Mark.

—Sólo cuando es usted serio como corresponde a un caballero, porque lo es usted, aunque se esfuerce en aparentar lo contrario. Sobran trece.

—Guárdamelos para cuando la miseria me apabulle. Tienes razón, Mildred. Debo reservar mis relinchos para las damas, que son las que los aprecian. Hasta mañana, Mildred.

El periodista abandonó el cafetín. Mildred suspiró. Era una pena que el alcohol y el desorden fueran inseparables acompañantes de Mark Gilbert.

2

Una carretera de cornisa, con franja de pinares en declive hasta el mar a la izquierda. Un valle verdeante con apretadas casas a la derecha, y dominando el poblado de San Nicolás, una colina en cuya cima alzaba, sus muros un antiguo caserón.

—Curioso caserón el que vi desde la carretera.

—En 1693 lo edificaron unos armadores españoles. Después, en 1780, lo habitaron unos franciscanos, y en 1850, fué residencia temporal del presidente Pío Pico. Permaneció abandonado, hasta que en 1919 lo compraron unos alemanes. Y en 1939, volvió a quedar abandonado, hasta que hace tres años lo compró una familia irlandesa.

—Es usted una fuente excepcional de historia, amigo. Me propongo escribir un reportaje sobre San Nicolás, el pueblo, naturalmente. Historia, anécdotas, chismes con salsa, en fin, todo eso.

—Pues no pudo usted caer mejor. Precisamente en la casa de la colina suceden cosas raras. A las dos señoritas irlandesas, las llaman las Novias Rabiosas.

—¿Muerden a sus galanes?

—Yo soy hombre reacio a murmurar, pero tratándose de un

periodista…

—Figúrese la propaganda para su bar, si lo que me cuenta, es bueno. Afluirán en manadas curiosas los ciudadanos, sobre todo ellas, si hay una historia de amor y a ser posible con sangre oculta…

—Que suceden rarezas allí en la colina, es indudable. Yo no creo en fantasmas ni en brujerías, pero hay otros que sí creen y hacen prácticas extravagantes, que la Ley no les puede prohibir, mientras no perjudiquen a los demás. Pero cuando se ven hombres que no tienen nada de apocados, como lo eran los dos últimos novios de las dos irlandesas, transformarse en nerviosos y asustados, con toda las trazas de estar embrujados, entonces da qué pensar. Hay quien dice que los dos novios se fugaron con joyas y dinero, pero otros aseguran que huyeron presos de pánico, porque en el caserón, por las noches, hay almas en pena. Yo recuerdo muy bien la primera vez que vinieron aquí, hará cosa de un mes, las dos parejas… Dos parejas de película rosa…

3

A la una de la madrugada, al salir del parador que a la derecha de la carretera general, iniciaba las edificaciones en rampa descendente hacia el valle de San Nicolás, Mark Gilbert condujo el «DeSoto» hasta el primer viraje, deteniéndolo a un lado, entre los pinos.

La plata lunar repujaba la suave pastosidad del panorama, que plasmaba una naturaleza quieta y dominada.

La colina que vista desde el sur, parecía estar alejada del mar, era flanqueada en su base oeste, por los flecos de espuma, debido a un entrante que allí, tras el viraje, verificaba el mar.

La carretera general seguía a ras de una cortadura abierta en el flanco de la colina, a cuya cima daba acceso una carretera secundaria, que tenía su arranque a un centenar de metros del lugar donde Gilbert acababa de parar el motor del «DeSoto».

Descendió, para internarse por entre los pinos, afianzando las plantas de los pies, porque la pinocha tapizaba el suelo.

Quería respirar aquel suave céfiro balsámico, echando un vistazo al caserón con historia antigua, rodeado de treinta acres de arbolado, del que se talaron dos anchos espacios, para construir dos pistas de tenis y una espaciosa piscina, artificiosamente natural.

Al parecer, Terence Flaherty, tutor de las dos primas, cuando compró la casa con dos siglos de pátina histórica en sus mármoles, quiso convertirla en residencia muy californiana.

Terry Flaherty, un tipo muy original, iba pensando Gilbert, mientras caminaba hacia lo que parecía ser un gran matorral. Terry Flaherty, un irlandés huraño, y que sin embargo hasta un mes antes, era anfitrión de numerosos invitados de todas clases, pero predominando los de clase intelectual, fauna abundante en Los Angeles.

Se detuvo. Aquel matorral era un seto espinoso, podado simétricamente a una altura de dos metros.

Mark Gilbert no respetaba los convencionalismos, sobre todo cuando experimentaba una intensa curiosidad.

Fué caminando a lo largo del seto, en busca de un resquicio que le permitiera entrar. Si le hubiesen preguntado qué era lo que pensaba observar clandestinamente, no hubiera podido dar una contestación convincente.

Sabía solamente qué aquella quietud nocturna, después de la extensa conversación sostenida con el locuaz propietario del parador, se le antojaba impregnada hasta la saturación de un misterio digno de correr todos los riesgos.

Apoyó las manos en los barrotes verticales de un portalón que truncaba la línea espinosa. Un estrecho sendero ascendía más allá del portalón, entre dos lisas paredes cortadas en la roca.

Hasta ahora no había vislumbrado una sola arista del caserón, en cuyo interior residían Terence Flaherty, el tutor, Margaret Gaynor, la de los ojos color violeta y el carácter decidido, y Elizabeth O'Brien, la rubia lánguida y romántica.

Estaba ya a horcajadas sobre la cilíndrica barra horizontal, y midió la distancia hasta el interior. Un salto de dos metros y medio no entraba en sus posibilidades deportivas, después de cuatro «sol y sombra», y en el medio frasco de *whisky* seco, legítimo Scotch, que

había compartido con el dueño del parador.

Tardó bastante en poder deslizarse hasta el suelo. Sólo cuando empezaba a subir por el sendero entre lisas paredes rojizas, se le ocurrió una idea poco agradable.

Los perros dogos tenían un olfato muy sensible, y la mala costumbre de no ladrar, hasta no haber hecho presa en los intrusos.

¿Era aficionado Terry Flaherty a los perros dogos?

Se sintió confortado al recordar vagamente que el dueño del parador, entre sus muchos comentarios, había deslizado uno acerca del horror que en Terry Flaherty suscitaban los ruidos estridentes. Y eran ruidos estridentes los que por las noches producían los perros de todas razas.

El sendero se remontaba hasta un altozano. Una circular plataforma talada, donde unos albañiles habían construido un banco circular en que el cemento imitaba ramas de pino en respaldo y brazos.

El suelo era liso, musgoso. Mark Gilbert tuvo el primer atisbo del edificio, allá a lo lejos, a una distancia de doscientos metros. Dos plantas que recordaban vagamente un templo griego, con sus porches de columnas marmóreas.

Cuadrado, sin gracia, como un cuartel, con ventanales estrechos enrejados, piedra gris, a trechos cubierta por yedra obscura…

A la izquierda, se elevaban telas metálicas enmarcando roja tierra plana, surcada de blancos trazos. Dos pistas de tenis.

Y entre la casa y la plataforma en que se hallaba, vio Gilbert la anchurosa extensión líquida, fulgir al reflejo de la luna.

Una piscina que casi parecía un lago natural, porque no tenía marcos rectilíneos, sino entrantes y peñascos, aunque al fondo hubiera una terraza con toldos, parasoles y tresillos de mimbre, con casetas…

Dejó de interesarse en la contemplación topográfica, porque vio deslizarse una luz, como un fuego fatuo, a poca altura del suelo entre la piscina y las pistas de tenis.

Mark Gilbert dió un respingo, parpadeando… A pesar de la distancia, no cabía engaño, porque su vista era aguda y excelente.

Un sillón de ruedas, ocupado por la confusa silueta de un hombre sentado, acababa de surgir por detrás de las casetas de la piscina. Debía llevar una pequeña linterna o foco, que era lo que al

primer vistazo, produjo en Mark Gilbert la impresión de un fuego fatuo.

Pero el respingo lo ocasionó, la ilógica presencia de una figura femenina tras el sillón de ruedas, empujándolo.

La luna, de por sí, ya blanqueaba intensamente cualquier superficie clara. Con mayor albura destacaba pues la blanquísima cabellera alta, de complicados bucles y ricitos, de la mujer que vestía corpiño rosa, y larga falda hasta los pies, a rayas azules y rosas.

Un maniquí igual había visto Gilbert en un museo, en la sección francesa del siglo XVIII, representando a la Dubarry.

El carrito dejó de verse bajo el amplio pórtico, pero ahora la linterna iluminaba, a la extraña visión femenina, que sola, caminaba hacia las pistas de tenis.

Mark Gilbert trataba de dar coherencia a su imaginación, mientras sus piernas, moviéndose aceleradamente, le conducían irreflexivamente hacia el halo de luz rojiza que aureolaba aquella silueta propia de un museo o grabado antiguo, pero detonante en el marco moderno de una residencia con piscina, pistas de tenis y el ultraconfort interior.

La linterna sé inmovilizó unos instantes ante la puerta de un cobertizo de madera, que podía ser un garaje o un vestuario por su cercanía a las pistas.

La linterna dejó de desparramar su luz fantasmagórica, y en el recuadro de una ventana del cobertizo, apareció un sonrosado y tenue fulgor.

Mark Gilbert trataba de vencer físicamente los alborotados recelos de su imaginación. Debía ser práctico, aunque el silencio y la noche, le rellenara de primitivo miedo.

Los fantasmas eran alucinaciones enfermizas, provocadas en cerebros poco sólidos…

Apoyó el rostro en el cristal, y no pudo detenerse a meditar si era el cristal el que estaba fríamente húmedo, o era su frente.

Veía a la mujer de ropaje dieciochesco, de espaldas. Tras ella, en la mesa, la linterna agigantaba sobre la pared del fondo, sus extraños ademanes.

Y dos hombres permanecían en pie, inmóviles, petrificados en silenciosa expectación, contra la pared, surcados rostro y cuerpo,

por las sombras movibles, creadas por los ademanes femeninos, ampliados por la única luz…

Mark Gilbert reconoció en los dos hombres al príncipe Mihail Dulovitch y al actor Bela Lukas.

Pero no tuvo tiempo para mayor observación, porque su instinto a flor de piel, le advirtió de un inminente peligro innominado, antinatural…

Algo silbó, rozándole con helado soplo la cara. Saltaron en añicos los cristales, y Mark Gilbert no quiso comprobar si era sólida o fantasmal la masa que, corriendo, se aproximaba tras haber lanzado un cuchillo…

Mark Gilbert sólo tenía una obsesión. Huir, volar si podía, pero alejarse de aquella colina, y volver a un mundo real.

No eran zancadas sino saltos, los que daba en su loca carrera desenfrenada, frenética, sintiendo tras él un rumor amenazante, que no quería reflexionar si era la propia masa de aire que desplazaba en su veloz «*sprint*» entre árboles, o la masa confusa que lanzó un cuchillo…

Corría incesantemente, prodigiosamente veloces sus piernas impulsadas por un pánico irrefrenable.

Creyó saltar, pero en realidad, atravesó, quebrándolas, ramas espinosas. Y aunque le dolían atrozmente las costillas, y su garganta parecía contener plomo fundido, Mark Gilbert seguía corriendo como debieron correr en la época de las cavernas, los que se enfrentaban con monstruos inesperados.

El contacto del volante, el rumor del motor, y el veloz pero matemático viraje del «DeSoto», se le antojaron prodigiosos de bondad, sólidas demostraciones de amistosa alianza.

Quedaba la colina y el valle del poblado a más de cinco millas tras la luz piloto, cuando Mark Gilbert empezó a sentirse infinitamente avergonzado de sí mismo.

4

Sólo dos personas conocían la existencia de aquel timbre oculto en un resquicio lateral de la puerta independiente que daba acceso a la

«torre de marfil»: Luana y Mark Gilbert.

Leonard Monk fué descendiendo la espiral de peldaños, hasta llegar al rellano inferior, centro de su casa, y base de la torre.

Por todo mobiliario, un espléndido tresillo de cuero, una radiogramola, y un mueble-licorero, de cuyo surtido, Mark Gilbert estaba apurando una mezcla de cerveza con jengibre.

Tenía la gabardina en jirones por un faldón, y colgante desgarrado uno de los bolsillos. Sangraba por una mejilla, y una pernera de su pantalón de franela, mostraba un siete generosamente delator de una pierna velluda y un calcetín arrugado.

Leonard Monk se sentó sobre el respaldo de un sillón. Mark Gilbert resopló al dejarse caer en el mullido sofá.

—Tú me conoces a fondo, Leo. Otros podrán creerte un despistado que gusta de asombrar, pero yo sé que sin moverte de tu torre de marfil, has puesto en orden y ovillo, la madeja más anudada y retorcida. No estoy borracho, Leo, sino completamente despejado. Es exactamente la hora segunda de la madrugada, en su minuto catorce, y he venido directamente al máximo de velocidad permitida, desde una colina frondosa, que domina el valle del poblado de San Nicolás.

—Estás sobreexcitado, Mark. Cuando sueltas varias frases seguidas, sin intercalar alguna vulgaridad, no estáis en tu normal ánimo. Te sugiero un método sencillo. No empieces por lo que te ha sacudido los nervios y te ha dejado huellas recientes, y mientras examino tus arañazos, ve contestando a mis preguntas.

Leonard Monk vino a sentarse a un lado del sofá, sobre el brazo, y con un pañuelo que embebió en coñac, fué tecleando sobre el rasguño que sesgaba la mejilla de Mark Gilbert.

—Luana te indicó que fueras a husmear por San Nicolás, lo referente a los húngaros Dulovitch y Lukas. Hacia las once y media, conduciendo el «DeSoto» emprendiste la dirección norte, hacia la carretera de cornisa. Llegaste al poblado, y seguramente entraste en una expendeduría de líquidos.

—Un soberbio Scotch legítimo que compartí con el aburrido dueño del parador al borde de la carretera. Aburrido, porque no había clientela. Habló hasta por los codos.

—¿Por qué llaman las Novias Rabiosas a Margaret y Lizza?

—Tenían el ajuar preparado para casarse por todo lo alto con

Mihail y Bela. Margaret entusiasmada con Mihail, y Lizza realmente loca de amor por Bela. Ambos, invitados por Terry Flaherty, el tutor, y durante cerca de tres semanas, huéspedes constantes del… maldito caserón.

—¿Quién vio por última vez a los húngaros?

—Yo.

Sin desconcertarse, inquirió Monk:

—¿Cuándo y dónde?

—Serían las dos de la madrugada, o poco menos. En un cobertizo de la casa de la colina, donde entró una mujer vistiendo ropa de marquesa al estilo de la ambientación para películas tipo «Pimpinela Escarlata».

—Sigues sin exponerme una razón lógica para que en el poblado llamen rabiosas, a dos señoritas.

—En el templo católico del poblado habían ya leído las amonestaciones y colocado las guirnaldas en la entrada. La mañana era riente y soleada. Los palomos se arrullaban en los tejados, los invitados mangoneaban ya por las mesas distribuidas en el jardín, los coches esperaban, las novias estaban radiantes con sus vestidos de tules e ilusiones, cuando fué propagándose el rumor de que los novios se habían fugado aquella misma madrugada, llevándose el contenido de varios estuches, y ciertos billetes de banco contenidos en una caja propiedad de Terry Flaherty, el tutor. Desapareció también una canoa motora, en la que un insomne paseante, vio entrar a los dos húngaros, al filo del amanecer. Un testigo de peso, porque era John Saunders, el propio comisario rural de San Nicolás. No prosperó la denuncia, porque Flaherty dijo que bastante escándalo era, el causado por aquella fuga ignominiosa. Las dos novias, no fueron discretas, ni se refugiaron en el llanto o los desmayos. Según los invitados parecían dos furias, hermosas, pero llameando odio, y casi echaron a los testigos. Desde aquella mañana riente y soleada, no invitan a nadie, y apenas salen de la frontera de setos espinosos. Despidieron a la servidumbre, y el propio Saunders manifestó en el pueblo, que la sola mención de los apellidos húngaros provoca en Margaret y Lizza, espasmos de furia indignada. Hasta aquí la versión popular.

—Que apenas escuchaste, te decidió a echar un vistazo al lugar de los hechos.

Describió Gilbert cuanto vio hasta el momento en que percibió en la obscuridad exterior, un resuello acercándose, y una masa grisácea abalanzándose.

—Silbó el cuchillo, rompiendo los cristales. Fué la gota que colmó el vaso. Mis nervios también estallaron como los cristales. No sé si el rubor cubre mi blanca faz, pero lo que sí sé es que emprendí un cobarde galope, que si tiene lugar en el hipódromo, entro en cabeza muy destacado del favorito de la prueba. Llaman locomotora humana a Zátopek, pero te juro que esta madrugada hubiera sido una tortuga a mi lado. Ni una sola vez miré atrás, porque en mi cabeza bailaban zarabandas infernales, visiones de manicomio. Fué el pánico irrazonable. Ahora ya puedo razonar.

—Razonemos.

—El carrito de ruedas transportaba a Terry Flaherty, que tiene las extremidades inferiores paralizadas. La mujer llevaba una peluca y un disfraz. Podía ser Margaret o Lizza, y es muy libre en sus dominios, de pensar que todo el año es Carnaval. Hasta aquí, no hay de qué extrañarse. Pero ¿y Mihail y Bela, por qué no se movían mientras ella, a la que no podía oír, les dedicaba parrafadas furiosas? ¿Y por qué la masa gris me tiró un cuchillo?

—Estaba en propiedad ajena. Pudieron tomarte por un ladrón. Y no fué un cuchillo. La señal es clara. Una correa fina, seguramente rematada en plomo, que es el que hizo saltar los cristales. La correa pertenecería a un látigo, con el cual quien te desequilibró los nervios, intentó enlazarte el cuello, los hombros o aturdirte. Si tú no viste al agresor, tampoco él pudo verte.

—Yo vi una masa gris y confusa. Él vio mi gabardina, y después, salvo de ir provisto de anteojo con reflector, además del látigo, dudo que pudiera ver ni el color de mis suelas. Pero hay un hecho evidente: No quieren que nadie explore…

—En cualquier, propiedad particular, sus dueños perseguirán al que entre de noche, y sin invitación. Pero de día e invitado, nadie te impedirá entrar.

—Repite, Leo, porque tengo las entendederas un poco obtusas.

—Carol Leroy puede visitar la casa, en tu compañía.

—¿Carol Leroy? Una chica preciosa, antipática y maligna.

—Ésta es la impresión que da, pero sus manos y su horóscopo desmienten tal apreciación. Creo que siendo estudiante, nadabas

como un campeón, y que manejando la raqueta, te defendías. No te disgustará ver a la luz del día los lugares que de noche dan falsas impresiones. Allí te limitarás a mirar, sin hacer nocturnas incursiones. Dormirás aquí confortablemente, y Luana te dirá a qué hora y dónde te encontrarás con Carol Leroy. Necesito que me des tu impresión de la casa de la colina, a la luz normal.

—¿Por qué me habrán de invitar los irlandeses?



Mark Gilbert, corría incesantemente…

—Carol Leroy lo solucionará. Ya sabes dónde está la cocina, y eliges en mis armarios, toda la ropa adecuada, para ser un invitado de la residencia. Come algo, bebe lo que quieras, y escoge la ropa conveniente para llenar uno de mis baúles-armario. Carol Leroy tiene coche. Ella te dirá mañana quién eres y lo que habrás de hacer.

Al pie de la escalera caracol, y cuando iba a iniciar su ascenso, dijo Leonard Monk:

—Carol Leroy no debe saber que has estado paseando a la luz de la luna, por la cumbre que los mejicanos llamaban «Casa Encantada», según consta en ciertos archivos que he consultado, y que Luana supo encontrar, a horas impropias, en la biblioteca española de la ciudad. Y tal vez te aclare parte de tu misteriosa visión nocturna, el saber que Terry Flaherty es pintor, Margaret Gaynor es aficionada a un sistema especial de escultura, y Elizabeth O'Brien fué discípula de la Escuela de Arte Dramático.

—Hasta mañana renuncio a escarbarme las meninges. Buenas noches.

Tirando al sillón su gabardina y americana, y ya en calcetines, Mark Gilbert se tendió boca abajo en el sofá, rendido. Sólo quería dormir, y volver a ser el de siempre, a la plena y amable luz del día.

CAPÍTULO III

TERRY, MARGIT Y LIZZA

1

A las tres de la tarde había sólo cinco personas en el «Gipsy»: La cajera, un «barman», dos camareros, y Carol Leroy.

A las tres y cinco ella se levantó, porque en el amplio ventanal acababa de presenciar la maniobra por la que desde un «taxi», y con ayuda del chofer, Mark Gilbert había trasladado un baúl-armario al portaequipajes del dos plazas «Plymouth», afortunadamente, dotado de amplio espacio, para bagaje.

El turbante azul rimaba con la blusa, zapatos y bolso. El traje sastre color crema, avaloraba su contenido. Eso pensó Mark Gilbert mientras, abierta portezuela, veía acercarse a la propietaria del coche.

El sombrero pluma gris claro, la chaqueta de pana ámbar, el pañuelo de seda Burdeos, el pantalón franela marrón obscuro, y los zapatos de ante de gruesa suela, eran prendas que daban sensación de holgura y de procedencia de sastre caro, pensó ella, aproximándose.

Y la cara del periodista era una mezcla dosificada de inteligente granujería y simpático desparpajo.

—Tanto gusto, señorita Leroy. Su servidor. ¿Me presta el volante?

—Usted me recuerda al que, ya sentado en casa ajena, pide permiso para entrar —dijo ella, ocupando sitio junto al volante.

Cerró Gilbert, dando la vuelta, y al sentarse, ella comentó:

—¿Le arañó alguna de sus camareras de bar?

—Al afeitarme, la navaja resbaló, y es porque me temblaba el pulso, sólo a la idea de disfrutar de su compañía. Yo cumplo instrucciones. Me dijeron que viniera aquí, y que a lenta marcha, emprendiéramos el camino hacia la colina de San Nicolás. Que usted me acabaría de aleccionar.

—Empecé, y no me queda más remedio que continuar. Según parece, usted es muy inteligente, aunque las repetidas veces que le he visto desde prudente distancia, me hizo usted el efecto de un abúlico alcoholizado. No debe chocarle mi sinceridad, ya que usted ha popularizado una columna de chistes, donde los hay con gracia, acerca de lo que se oiría si la gente dijera siempre lo que piensa.

—Las apariencias son casi siempre inductoras de error. Cada vez que la oteé en mi horizonte, la clasifiqué como una más de esas modernas filigranas huecas por dentro, que necesitan mucha gente alrededor, porque se encuentran muy solas. Me pareció orgullosa, antipática y chismosa. Bien, intercambiadas las finezas, pasemos a lo serio.

El «Plymouth» remontaba ya la Riverside, hacia el Norte. Las señales de tráfico iban espaciándose.

—Pasemos a lo serio, o sea, dejemos de hablar de usted y yo, Mark. También obedeciendo instrucciones, he telefoneado este mediodía a Margaret Gaynor. Ayer me invitó a ir cualquier día de ésos. Le pregunté cuándo podría gozar del encanto de su hospitalidad. Contestó que al instante mismo, porqué ya habían renovado la servidumbre, y volvían a su antigua costumbre de acoger amigos y los amigos de sus amigos. Dijo que ya tenía dos invitados: un pintor francés y su hermano. Entonces le hablé de mi novio. Contestó que tenía inmensa curiosidad por conocer a mi novio, y nos esperan.

—¿Nos…?

—Tendremos que tutearnos, Mark. La idea no me encanta, pero ambos sabremos soportar esta ficción, por fortuna, pura ficción.

—No me agradaría que te convirtieras en la tercera novia rabiosa.

—¿Va con segunda intención, Mark?

—Es un pleno directo. Circularon rumores que pretendían que Mihail y tú os adorabais como dos almas gemelas. No puedo creerlo, porque él es un indecoroso sujeto.

—Dudo de tu capacidad para enjuiciar la ajena moralidad, Mark. Lo indudable es que, al parecer, Monk confía enormemente en tu sagaz estudio de las psicologías de «Cumber Manor», complementada con las reacciones que yo suscitaré con mi acostumbrada reticencia venenosa.

—Es decir, que tú lanzarás insinuaciones, y yo recogeré en el laboratorio de mi mente las respuestas, para analizarlas. A marcha lenta es largo el camino. Ilústrame sobre los tres irlandeses, Carol.

—Terry, Margit y Lizza, tres delicias, cada una a su modo. Un vulgar temperamento mediocre, los podría considerar desquiciados, porque son originales. Son intelectos de selección, que gustaban de rodearse de gente de selecto temple artístico.

—Si es así, ¿cómo te invitan, mi vida?

Ella empezó a contar entre los apretados labios:

—Uno, dos, tres, cuatro… He de advertirle, señor Gilbert, que estoy en antecedentes de su propensión a complacerse en irritar a sus oyentes. Sabía también por ajeno conducto, que posee usted un sublime descaro, y no quisiera añadir otro parche de esparadrapo a su cara, ya de por sí irregular y poco favorecida. Nadie hasta hoy me llamó «mi vida».

—De ahí procede todo el mal, mi vida. ¡Cuidado, que llevo el volante! ¿No hemos quedado que somos novios? Usted es de las que aseguran, muy convencidas, que se ríen del amor, pero cuando oyen ternezas, les produce algo parecido a zozobra.

—No sabía que tuviera también a su cargo la columna, del consultorio sentimental. Debemos limitarnos a lo que justifica, nuestro provisional contacto. Yo quiero saber lo que ha sido de Mihail, y la clave está en poder de Terry, Margit y Lizza.

—Mihail y Bela se largaron por mar, sin devolver a sus legítimos propietarios la canoa motora, varias joyas y un fajo de billetes.

—Esto es invención del malévolo Terry. Es una infamia.

—Un testigo irrefutable les vio huir en la canoa motora, la misma madrugada en que debía verificarse la boda.

—Sea lógico, Mark. No tenían por qué huir tan indecorosamente, si estaban a punto de ser ricos como maridos.

—¿Entonces, de qué o de quién huían?

—La versión dada por el comisario rural Saunders, terminó con toda otra investigación. Los vio al amanecer, como en otros

amaneceres fueron vistos, porque les gustaba bañarse después de pescar un rato, entre las islas que distan apenas dos millas de la costa.

—¿La madrugada de la boda? Bien, dejemos las cábalas a Leo Monk. ¿Qué seré yo en «Cumber Manor», además de su novio?

—El periodista Mark Gilbert, de «Burbujas», y «Si dijéramos»… del «Mirror». Tal vez logre congeniar con Terry.

—Retrate a Terry lo más imparcialmente que pueda, Carol.

—Buen dibujante, mal pintor. El día que es amable, es casi seductor. Pero cuando le duelen las piernas, se hace insoportable. No es viejo, ya que apenas habrá cumplido los cuarenta y cinco. Pero a los cuarenta, el reuma lo trituró. Debió ser un hombre muy interesante. Ganó una fortuna, al acertar un «Sweepstake», la carrera de caballos, australiana combinada, con lotería. Y hace tres años, compró «Cumber Manor», aceptando ser tutor de Margit y Lizza. Así las llama él.

—¿Margit?

—Morena, de ojos color violeta, temperamental, sabiendo disimular su carácter dominante y enérgico. Despreciaba el amor, hasta que conoció a Mihail. Juega al tenis muy bien, y nada estupendamente. Pretende ser escultora, y hace figurillas graciosas en cera. Somos amigas, y nos detestamos cordialmente.

—¿Lizza?

—Es la soñadora, la poetisa, rubia y etérea. Le ha dado la manía de creerse una gran actriz, y tiene un vestuario completísimo desde las gasas de Desdémona hasta las muselinas de *Lady* Windermere. Al conocer a Bela Lukas actor y poeta creyó que el cielo le enviaba lo que usted, llama el alma gemela.

—¿Cómo conocieron a los dos húngaros?

—*Mea culpa mea máxima culpa*. Se me ocurrió llevarlos a «Cumber Manor».

—Pero Margaret sabiendo que usted y Mihail estaban a partir un piñón no debió…

—Mihail y yo para los demás, flirteábamos sin más.

—¿Qué le hace suponer que los húngaros han tenido un fin trágico?

—Desde donde fuera, Mihail me habría enviado unas líneas.

—El comisario Saunders les vio embarcar a los dos.

—Y no les vio regresar. Tal vez en el último momento, decidieron no casarse, o averiguaron que sus futuras no eran tan ricas como creían, y al regresar y explicárselo a ellas, Margaret…

—Fué por el cuchillo de cocina, y los degolló. En fin, si Leo Monk nos envía a incordiar en el teatro del posible crimen, es porque hay algo. Leo no se molesta si no hay misterio y de clase superior.

—Vaya… ¿Conoce usted la carretera de entrada a «Cumber Manor»?

—Me oriento como un piloto ballenero. Regresemos al tuteo, mi vida. Preséntame en forma halagüeña.

—Tú mismo, Mark. Apenas bajemos del coche, yo iré en busca de Margaret, y tú pregunta por Terry. Son gente muy alejada de convencionalismos. Desean que sus invitados no sientan la menor inhibición. Si apenas bajas te desvistes y te arrojas a la piscina, con el mínimo de tela precisa, no llamarás la atención. Me darás el volante, cuando lleguemos a aquella verja que abrirás. Yo sé cuál es el garaje para los invitados.

El «Plymouth», conducido por Carol Leroy, penetró por una alameda desconocida para Mark Gilbert. Al sol, era todo agradable, deliciosamente verdes los pinos, esbeltas y blancas las columnas de mármol, históricamente patinadas las piedras de la fachada, quieta y plácida el agua de la piscina, y encantador el espectáculo de las cuatro figuras jugando al tenis.

—Margit y Lizza contra el pintor francés y su hermano, supongo. Y bajo el porche, el anfitrión Terry Flaherty. Abórdalo como quieras, Mark. Debe estar de buen humor, porque ha agitado la mano y sonríe. Aprovecha la rara ocasión.

Mark Gilbert bajó del coche, y abanicándose con el sombrero de Leo Monk, se dirigió hacia el porche de entrada.

2

Una manta ligera envolvía Las piernas de Terence Flaherty. El busto era largo, y debió ser atlético. La cara, de cejas copiosas y nariz flaca, tenía tres rayas horizontales: la estrecha de los delgados

labios, y las rendijas de párpados entornados, tal vez por el reflejo del sol.

Una cabellera peinada al cepillo hacia atrás, castaño cenizosa. La primera impresión que daba Terence Flaherty, era la de un astuto individuo de mal carácter.

Pero cuando Mark Gilbert subía las escaleras, Flaherty sonrió, y pareció iluminarse su semblante, y alzándose el telón de los párpados, relucieron amablemente irónicos los pardos ojos.

—Bienvenido, Mark Gilbert —rió la voz grave y sonora— estoy realmente intrigado por conocer a este fenómeno que ha conseguido enamorar a Carol. He echado un vistazo a una colección de «Mirror», y hay miga en sus chistes y burbujas.

Mark Gilbert se sentó en el borde de la balaustrada, que era el lugar más cercano a la silla de ruedas, y donde a la vez señalaba la mano flaca, pero musculosa, del inválido.

—Estoy seguro que Carol le habrá hecho un bosquejo bastante aproximado a la verdad, de quiénes somos Terry, Margit y Lizza.

—Tres temperamentos artísticos y alejados de la gregaria mayoría, señor Flaherty.

—Llámeme Terry, y dejémonos de cumplidos. Aquí aplicamos la fórmula del «vive como quieras» dentro de los límites de la cortesía corriente. Tengo entendido que en la Universidad de Santa Bárbara, fué usted campeón de «decathlon».

—Carol exagera. Llegué a finalista.

—El «decathlon» tiene en sus diez pruebas, una puntuación destacada para el corredor a pie, ¿no, Mark?

Mark Gilbert asintió, considerando la pregunta una trivialidad. Y de pronto respingó…

Recordaba que aquella misma madrugada había batido los records mundiales de carrera con obstáculos.

Miró al que entornados los párpados, volvía a plasmar en sus rasgos faciales la fisonomía humana más aproximada a la de un zorro.

—En efecto. Hay que correr los cien metros vallas en un máximo de veinte segundos. Pero hace ya cinco años que fumo, bebo y trasnocho.

—Trasnochar es el peor enemigo del deportista, Mark. El relente de la madrugada es peor que el abuso del alcohol. En mis tiempos,

yo también practiqué deportes. Si fuera malpensado, diría que el adhesivo que cubre su mejilla izquierda, sugiere algo gracioso.

—¿Cómo, por ejemplo, Terry?

—Fervor apasionado de uñas de novia. Carol es una polvorilla, aunque sepa dominarse contando hasta diez. Voy empezando a adivinar por qué ha logrado usted enamorar a Carol. Yo, como mal pintor que soy, atribuyo a los rostros, un par de calificativos, qué luego de memoria me sirven para bosquejarlos. El suyo, ahora. Mark, me sugiere varios calificativos. Normalmente, hasta que empezamos a hablar, parecía usted un simpático «gángster» filosófico Ahora, un receloso e intrigado cazador al acecho, tratando de capturar al vuelo una intención que mis palabras no tienen. Soy atrabiliario, y hablo por hablar. Hemos reanudado nuestra vida social, y luego conocerá a Jacques Normand y su hermano Martin, dos artistas sinceros. ¿Me acepta un brebaje inofensivo de bienvenida, Mark?

—Con mucho gusto, Terry.

Terence Flaherty señaló a un lado de las escaleras, una lisa pendiente.

—No es preciso que empuje mi «Rolls». Le precederé hasta uno de los bares, al servicio de los tenistas sedientos.

El carrito hábilmente impulsado y frenado por su ocupante, descendió la pequeña rampa, y por el césped, siguió Gilbert al que iba haciendo girar el torno lateral que movía las ruedas.

Un cobertizo de madera, que recordaba un vestuario de campo de deportes…

Mark Gilbert se detuvo, cuando, con un bastón, Flaherty señaló una ventana, en la que faltaban grandes pedazos de cristal, evidentes por los ángulos y aristas de los trozos aun encasillados en sus marcos de madera.

—Esta madrugada, aproximadamente a las dos, Lizza desde el interior vio saltar en añicos los cristales que faltan. Pudo ser un murciélago volando a ciegas, o tal vez…

La voz ya no se oyó, porque el carrito había penetrado en el cobertizo. Mark Gilbert entró también. Al fondo, a la izquierda, un elegante bar. Al interior a la derecha, duchas y roperos.

Al frente, modelando formas humanas en pie, telas blancas. En el centro, una mesa, y varias: sillas, repartidas.

El bastón de Flaherty señaló a los alineados bultos, que sumaban una docena.

—Caprichos de Lizza. Yo los pinto, y Margit los modela en cera. Representan invitados sobresalientes, cuyo recuerdo queremos conservar. El maniquí más próximo a usted, plasma a Frederick Hostckiss, el conocido director de cine. Yo no sé si lo conoce, para juzgar el parecido. Pero si conoció a dos aventureros embaucadores llamados Dulovitch y Lukas, podrá juzgar del parecido, desenfundando los dos maniquíes tercero y cuarto.

Mark Gilbert tiró de la cremallera en la blanca tela. La figura en cera del guapo y varonil Mihail Dulovitch, le miró con fijeza estática. El otro maniquí, reproducía la agradable prestancia del actor Bela Lukas.

—Y dígame, Mark: ¿por qué no se informó de que éramos muy sensibles a la admiración de los entendidos? Si quería apreciar estas obras de arte, no tenía por qué exponerse a ser confundido con un ladrón nocturno. Sea como sea, he de felicitarle. Se esfumó usted con la simbólica rapidez de un rayo.

—¿A qué se refiere, Terry?

—Se expuso usted esta madrugada, a que el látigo de mi brutal y recién adquirido jardinero, el mejicano Aguilar, le causara daño, Mark. Soy tolerante con los periodistas curiosos, pero Margit no. Será preferible que ella no sepa que usted anoche nos visitó de incógnito. Lo comprendo perfectamente. Carol debió decirle que cuando menos, Margit asesinó a Mihail. No se lo reprocho… Vea esta hermosa combinación de menta y zumo de naranja. Refresca y tonifica. No quisiera que usted pudiera creerse que Lizza necesita los cuidados de un especialista neurólogo. Le gusta a solas, recitar los mismos papeles que en dúo recitó con Bela Lukas. A su larga salud, Mark.

Mark Gilbert levantó también su copa. Prefería no contestar.

—La juventud me reprochará el acapararle, Mark.

—Prefiero su cáustica y tolerante charla, Terry.

—Me gustaría convencerle de que en esta mansión, no hay más misterio que el existente en mentes rencorosas o imaginativas. Y espero llegar también a convencer de lo mismo a su novia Carol. No es mala chica, sino únicamente un poco inclinada a encontrar imperfecciones ajenas, y exagerar hasta desorbitarlos, hechos ya

bastante desagradables de por sí.

—Le puede suceder lo mismo a su jardinero del látigo, Terry. Si no me conoce, ¿cómo puede haberle dicho que esta madrugada estuve yo aquí?

—Quién le vio fui yo, Mark. Se destacaba usted como un espantapájaros en el anfiteatro, y felizmente no creo en fantasmas, aunque los del poblado pretenden que los hay por estos contornos. Oigo voces juveniles y agradables, Mark. Va usted a tener el disgusto de conocer a los hermanos Normand, y la placentera satisfacción compensadora de conocer a Margit y Lizza.

3

Pero los hermanos Normand se encaminaron hacia la casa, acompañados de Carol Leroy. Parecían muy cansados, y no tenían aspecto de deportistas.

Fué el primer comentario de Elizabeth
O'Brien,
al entrar con Margaret en el cobertizo.

—Son torpes a más no poder, Terry. Buenas tardes, Mark. Ya nos ha hablado Carol de usted.

Margaret Gaynor se había dirigido rectamente hacia los dos maniquíes descubiertos, y alzó las fundas para cubrirlos, tirando de la cremallera.

Era la imagen bronceada de Venus deportiva. Su camisa de «nylon», su breve pantalón, y las sandalias, no conseguían aminorar la poderosa emanación de femeneidad apasionada, que se desprendía de toda su elástica y bien torneada anatomía, levemente rolliza.

Su moreno rostro hacía destacar aun más la maravilla de sus ojos color violeta, muy irlandeses. Sonrió ambiguamente:

—Confieso que tenía curiosidad por conocerte, Mark. Tienes que ser un verdadero talento en todos los sentidos, porque Carol habla bien de ti. Creo que juegas espléndidamente al tenis.

—Y que nadas como un tritón —añadió su prima.

Elizabeth

O’Brien,
era la gracia engañosamente delicada. Más esbelta que Margaret, contrastando con su rubia cabellera y su marfileña tez, su rostro era de grácil finura, que no excluía oculta energía.

No era una afectada filigrana… Mark Gilbert sabía que los ojos de Terence Flaherty le espiaban entre los semicerrados párpados.

—Hace años que no cojo una raqueta, pero me gustará probar suerte, si una de vosotras es tan amable como para soportar mis esfuerzos en recordar. Tengo la ventaja de que mis piernas son veloces.

—Os esperaré en la piscina —declaró Margaret, abandonando la sala.

Terence Flaherty hizo rodar su carrito, comentando:

—Iré a contemplar el crepúsculo.

Mark Gilbert se equipaba en una de las casetas, y pudo comprobar que Elizabeth
O’Brien
podía tener la manía de sentirse actriz por la madrugada, pero raqueta en mano, era eficaz y contundente, sin perder un solo átomo de su femenina gracia.

Caía el crepúsculo cuando se bañó a placer en la irregular piscina, Carol Leroy y los dos franceses habían ido a Los Angeles, a surtirse de libros, según explicó Terry.

En «bikini» floreado, las dos primas eran un poderoso imán contra cuya atracción luchaba Mark Gilbert. No era extraño que hubiesen enamorado a Mihail Dulovitch y Bela Lukas.

Era costumbre, explicó también Terry, que cada cual cenara a la hora que quisiera, y donde le gustara más, avisando a su personal criado.

El que correspondía a Mark Gilbert, era un envarado sujeto, de tez biliosa y negros cabellos, llamado Rudolf.

Mark Gilbert manifestó que debía llevar al «Mirror» su cotidiano trabajo de colaboración. Regresaría a las once, anunció.

Luana esperaba en el umbral.

—Se ausentó Leo. Dejó dicho que os veríais esta misma noche.

—¿Dónde?

—No me lo especificó, Mark. ¿Te han sido simpáticos los irlandeses?

—Mucho. Creo que es tontería creerlos capaces de matar. Son chismes sin fundamento de Carol.

—¿Son guapas Margit y Lizza?

—Dejan sin respiración, mejorando lo presente. Sigue tan buena, Luana.

Luego, de regreso a la colina, Mark Gilbert estaba ya convencido de que los dos húngaros, habían huido indecorosamente. Y era casi de admirar que pudiendo poseer aquellas dos preciosas esposas, prefirieran seguir libres y solteros.

Al bajar del coche, y pese a estar preparado contra toda sorpresa, le hizo pestañear ver bajo el porche lateral, a Terry Flaherty charlando animadamente con un elegante «*dandy*», que lo era Leonard Monk.

CAPÍTULO IV

VARIAS CLASES DE «CLASE»

1

En el cuarto de baño, Jacques Normand, anguloso, enfermizo, se frotaba los brazos y hombros con colonia. Protestó:

—Estas muchachas se empeñan en darnos clases de tenis y natación, y resulta humillante y fatigoso, Martin. Cuanto antes terminemos, mejor. ¿Progresas con Margaret?

Sentado en un taburete, dándose talco en los pies, Martin Normand estrecho de hombros, cínico el hermoso semblante, hizo un gesto evasivo abandonando la talquera:

—Ellas harán lo que mande Terry. Las tiene dominadas.

—Es un juego fuerte el que has ingeniado, Martin. Sé que nada te asusta, pero Terry no es ningún cobarde.

—Tú, sí —dijo, con desdén, Martin Normand—. Si no cuidara yo de tus intereses, seguirías siendo un pintorzuelo, candidato a cualquier cárcel americana. En París te he sacado de muchos apuros, y aquí te conseguí un modo fácil de ganar buen dinero.

—Pero no debimos salir de donde estábamos —y Jacques Normand hizo un gesto curioso.

Taconeó, como si su anterior residencia estuviera bajo tierra. Martin Normand, encogiéndose de hombros, se calzó finos zapatos de tafilete negro.

—Nos hacía falta sentar la cabeza, Jacques, y nuestra boda con las dos primas, será un digno final.

—Terry me pareció demasiado dócil.

—Sé manejarlo. Tú ocúpate de hacer que Lizza te mire con

agrado. No serás un yanqui atlético, pero ella es romántica, y tú te sabes de memoria las frases que a todas gustan. Además, ellas están propicias, porque su amor propio les duele. Ahora, un poco de descanso, y esta noche, declárate con inteligencia a Lizza. Puedes darle clases de romanticismo, Jacques. Son dos cándidas palomas.

2

—Son dos gavilanes, Terry.

Terence Flaherty torció la boca, en mueca sarcástica, mirando a Carol Leroy, que acababa de llegar, y se había sentado bajo el toldo.

—Los franceses dominan el deporte de agradar a las mujeres. Pero tú ya tienes víctima.

—A lo mejor, los dos franceses están destinados a tus protegidas. Hoy estás muy amable, Terry. Y quizá aceptes una petición mía.

—Menos darte mi blanca mano, todo el resto es tuyo, Carol.

—Un conocido mío, un artista, que rehúye la luz del día, y sabiendo que yo venía invitada, me pidió conocerte. Es aficionado a la astrología y otras ciencias raras.

—Cuantos más locos seamos, más nos divertiremos. Le puedes comunicar que venga cuando lo desee.

—Le telefonearé, aclarándole que tenéis por costumbre levantaros al mediodía, y acostaros mediada la madrugada. A lo mejor, has oído hablar de él. Se llama Leonard Monk.

—No. Bien sabes que frecuento poco la ciudad, y aun menos tus círculos sociales. Es simpático tu novio, Carol. Discreto para ser periodista. Formáis el contraste de afinidades. Tú le puedes dar clase de malicia, aunque él tiene personalidad.

—¿A ti, quién te dará clase de bondadosa tolerancia con los defectos ajenos, Terry? Debiste ser encantador cuando eras un hombre cabal.

Terence Flaherty sonrió, crispado el rostro.

—Vete a bañarte, Carol. Cantaría en tu funeral, si los dioses me fueran favorables, y te enviasen un calambre.

Carol Leroy se alejó satisfecha. Terence Flaherty empezó a dibujar. Un extraño dibujo donde dos hombres de «*smoking*», de

rasgos parecidos a los hermanos Normand, se mantenían en equilibrio sobre una zanja, trazada a golpes de lápiz que iban modelando un ataúd…

3

Margaret Gaynor ante el espejo del tocador, vaporizó sus desnudos hombros, cuyo bronce armonizaba con el escote «Eugenia de Montijo» del vestido de noche, oro viejo.

Y luego no le desagradó la mirada masculina que llameó en los cínicos ojos de Martin Normand, al acoger su llegada a una de las terrazas posteriores.

—Resultaría banal que te dijera que estás preciosa, Margit.

—No puede ser banal el cumplido de quien como tú, tiene fama de ser un decorador de gusto, elogiado por el propio Terry.

—Hace sólo unos días, apenas una semana que te conozco, Margit, y no soy ningún jovencito impetuoso. Te reirás, y me dolerá… pero yo…

—Chitón, señor francés. No hace mucho que me enamoré, y ya lo habrás oído comentar, de un hombre que también parecía muy sincero. Tardaré mucho tiempo en volver a creer frases engañosas. Te lo ruego, Martin. Seamos simplemente buenos amigos.

—Como tú digas. Tengo ya deseos de conocer ese típico lugar mejicano, donde aseguras que, además de buena comida, hallaré motivos de inspiración para decorados.

Todo fué bien, hasta el regreso. En un recodo, la carretera a la luz lunar, presentaba un paisaje, que sirvió de pretexto al francés para detener el coche.

Cometió un error, porque era un cínico, acostumbrado a buenas fortunas entre Evas de baja categoría.

Con salvaje repulsión, Margaret Gaynor se desprendió del procaz abrazo que por sorpresa y creyéndolo táctica segura, Martin Normand había iniciado.

El francés en su idioma nativo, masculló improperios mientras se restañaba la sangre de la mejilla.

—Gata arisca —silabeó furioso.

—Baje del coche, señor Normand —invitó Margaret Gaynor—. No respondo de mí, si permanece un solo instante más a mi lado.

Martin Normand examinó la llave inglesa que ella había recogido del bolsín lateral. Sonrió, malévolos los ojos:

—Perdona, si fui un arrebatado y necio galán.

—Baje del coche, señor Normand.

—No pretenderás que vuelva a pie…

—Se le refrescará el sucio espíritu, señor Normand. No diré nada a Terry.

Martin Normand abrió la portezuela, y ladeándose comentó mientras bajaba:

—Mi espíritu es limpio, pero mi carne flaca, y tú eres tan…

No terminó la frase, porque poco femenina, en su furor, Margaret Gaynor acababa de darle un empujón, arrancando a la vez.

Viendo alejarse el coche, y restablecido su equilibrio, Martin Normand siguió palpándole la mejilla sangrante:

—Me las pagarás, gata orgullosa, Y pronto.

A pie, por senderos donde sus flexibles zapatos iban macerándose, Martin Normand llegó a las once de la noche, a la entrada Oeste de «Cumber Manor». Chasqueó los dedos en llamada imperativa, hacia el atlético jardinero mejicano, y nocturno vigilante, que se aproximó arrogante en su medio uniforme gris, bastante semejante al de un guardabosques.

—Deseo ver, al instante, al señor Flaherty.

—Tenga la bondad de seguirme.

Ambos hablaban un inglés correcto, pero exótico. Desapareció el mejicano, cuando en una rotonda cubierta, junto a unas rocas que servían de palanca en la piscina, anunció:

—*Monsieur* Martin Normand, señor Flaherty.

Terence Flaherty tomaba café a lentos sorbos. Señaló la mesa:

—¿Te sirvo coñac, Martin?

Martin Normand se sentó. No era ya un supuesto artista decorador, sino un clásico hampón parisino.

—Se acabó mi paciencia, Terry. Tú mandas en la gata que me ha arañado. Emplearás los argumentos que quieras, pero nuestro asunto terminará bien de un solo modo: casándose ella conmigo.

—Has podido pensar que tal vez ella no es tan rica como

piensas.

—Me importa poco. Tú puedes darle una dote, como ya te dije.

—La dote, sin ella, mejor para ti.

—Hasta hace poco, tal vez hubiese aceptado como precio a mi silencio, una dote sin esposa. Ahora… ella va a saber quién soy yo. Se ha atrevido a llamarme «sucio» y ninguna mujer me ha mirado con el asco que…

—La mujer es la perdición del hombre, Martin. Soy soltero y te creí más inteligente que yo. En fin, trataré de convencer a Margit, pero has de darme unos días. Procura ahora hacerte perdonar por ella.

—Sois una bandada de orgullosos, y os valdría más ser humildes, porque me bastaría con ir a la policía, para terminar con vuestra arrogancia.

—Pero perderías mucho más tú, Martin.

—Iré a pasear por la ciudad, y cuando vuelva, procura anunciarme una buena noticia, Terry.

—Lo procuraré. Ten la bondad de decirle a Aguilar que quiero hablar aquí, ahora mismo, con Margit.

—Muy bien, Terry. Eres inteligente, y sabes lo que te conviene.

Pasaron unos minutos. Bajo la pantalla rojiza, y terminando su café, dibujó Flaherty una mano engarfiada que sobresalía de una azulada extensión de agua. La mano, en su muñeca, tendía un puño almidonado, con el gemelo de oro que lucía Martin Normand.

Aplicó una cerilla en el dibujo, y al retorcerse el papel, encendió con él un cigarro brasileño.

4

Envuelta en albornoz blanco, se presentó Margaret Gaynor.

—Iba a bañarme, Terry, cuándo me dijo Aguilar que deseabas hablarme.

—El agua purifica, Margit. No debes tenerle rencor a Martin. Es francés, y tú eres demasiado embriagadora.

—Nada hice yo para… que fuera tan desagradable.

—Martin quiere casarse contigo —anunció con indiferencia

Flaherty, examinando el extremo cenizoso del largo cigarro delgado.

Durante unos segundos, ella permaneció como petrificada. Intentó reír.

—Me dijiste que fuera amable con Martin, pero nunca imaginé que fuera un candidato tuyo, Terry. No le quiero, me repugna, y además tú eres el más indicado para saber que yo sólo he querido a Mihail.

—El agua todo lo purifica, Margit. Báñate, y olvida al fauno. Martin Normand no tiene clase para aspirar a tu superior categoría. Pero me alegraré mucho cuando sepa que has olvidado a Mihail.

—Tardaré. Y también me costará ser siquiera civilizada con tu amigo Martin.

—Esta noche le invitaré a irse, y se irá.

—Su hermano es más simpático, y parece que congenia con Lizza.

—Lo celebraría.

Ella se inclinó para besar en la mejilla a Terence Flaherty, que comentó:

—Jaques tiene más clase que su hermanastro. Es cierto, que me olvidé de decirte que eran hermanastros. Deléitame con tus evoluciones de náyade.

Desde una roca se zambulló con arte Margaret Gaynor, y con fácil dominio de todos los estilos, fué recorriendo las quietas aguas entibiadas por la suave noche californiana.

5

Elizabeth
O'Brien
rió, nerviosamente, mientras Jacques Normand dejaba de recitar, y volviendo al tono normal, añadía:

—El negro favorece a las rubias, y es distinguido en su erotismo sabio. Puedes acusarme de decadente y de morboso, Lizza, pero no lo puedo remediar. Tengo predilección por el luto que adorna delicadas blancuras. Yo quisiera sólo tener un ángel en mi alma,

pero no consigo ser excepción. Llevo también el demonio de los ojos verdes.

Rió el francés, para añadir, apresurado, con habilidad:

—No te ofendas, Lizza. Yo quiero ser como tú desees.

—Sencillo, y sin tonterías, Jacques. No sé por qué te crees obligado a flirtear…

—¿Es que te he producido esta mala impresión, Lizza? Pronto, hagamos cualquier cosa para disipar el equívoco. ¿Te leo la robusta prosa de un yanqui vitaminado? ¿O coloco un disco de selvática fiereza?

En el salón, amueblado con exquisitez, Elizabeth O'Brien, al levantarse para aproximarse a la gramola, hizo revolotear las gasas de su vestido de noche. Colocó un disco, anunciando:

—«La Sinfonía del Nuevo Mundo», Jacques. Te gustará.

Jacques Normand ya no volvió a ser «mórbido».

Y cuando a los compases de un vals, bailaba con Elizabeth O'Brien, fué correctísimo. Era un excelente bailarín, y ella reconoció la supremacía francesa en aquel deporte menor, pero importante.

A la media noche, ella pretextó un dolor de cabeza, y Jacques Normand quedó a solas con Carol Leroy, que se le antojó inoportuna.

—Lo siento si interrumpí tan deliciosa soledad de dos en compañía, señor Normand. Al entrar, me quedé en éxtasis. Forman ustedes dos una pareja ideal. Y al menos, usted lleva las mejillas intactas.

—Su novio, el periodista, no puede decir lo mismo —sonrió Normand.

—Ni tampoco su hermano Martin, que pasea como un alma en pena por el parque, con la huella de un arañazo reciente. Me parece que Margit no supo apreciar en todo su valor la galantería gala. Puede invitarme a bailar, Jacques. Mi novio no es celoso.

—Un gran honor para mí, pero un gran error en el periodista. Una preciosidad como usted…

—Dígamelo con música.

Jacques Normand siguió siendo un perfecto bailarín, aunque menos respetuoso que con Elizabeth

O'Brien.

6

En su alcoba, Terence Flaherty tras cerrar la puerta, apartó la manta de sus piernas. Se puso en pie, y apoyándose en el bastón, con pasos algo rígidos, pero firmes, se dirigió al vasto cuarto de baño, penetrando en el armario ropero.

Cerró desde dentro, y pulsó un resorte bajo un cuadro. Pareció hundirse el suelo. El personal ascensor fué descendiendo, hasta detenerse, y salió Flaherty a un corredor poco iluminado.

Un hombre flaco, de lacios cabellos rubios, se acercó, y cariñosamente le asió por el codo.

—Me complace verte mejorado de tus dolencias Terry.

—Mejoría pasajera, Willy. Progresas, en tus estudios. Pronto serás un perfecto ciudadano de Milwaukee, Estado de Illinois.

Rió el llamado Willy, como si hubiera oído un chiste.

—Milwaukee, Estado de Wisconsin, Terry —dijo en exótico inglés.

Llegaron a una sala, muy semejante al aula de un colegio. Pupitres, y un estrado con pizarra. Había diez hombres ya talludos, y dos mujeres, sentados tras los pupitres.

En el estrado, Rudolf, el criado designado para atender a Mark Gilbert, se apartó de la pizarra, donde con yeso había escrito:

«No digáis "buen asunto" sino "material sano", los que habitaréis en Iowa».

Terence Flaherty, ayudado por Willy, fué a sentarse en el sillón del estrado. Un gran silencio le había acogido.

Cogió un puntero largo, y lo dirigió hacia una de las dos mujeres.

—¿Quién ganó la Copa Azul en el torneo relámpago de Boston, señora Chambers?

Con acento gutural, donde las erres repicaban, la mujer respondió como una colegiada muy aplicada, pese a sus cuarenta y tres años…

—Los «Bird Boys», con cuatro bases de ventaja.

—Tu acento es horripilante, Gerda. Me parece que tendrás que residir en Wisconsin, al Norte, donde hay superabundancia de alemanes.

—Austríaca, Terry, que no es, lo mismo —contestó ella, altiva.

El puntero señaló hacia un sujeto pequeño, de rostro ratonil.

—¿Cuál es el tope máximo de resistencia de la hojalata Horlick, señor Parker?

—Diecisiete décimas, Terry. No te apures, que eso nos lo aprendemos bien. Lo más difícil es el endemoniado acento yanqui.

—Para eso tenéis tiempo sobrado y buen profesor. He venido, mis buenos huéspedes, secretos, para deciros que contra mi voluntad, tendré que prescindir de los servicios asalariados del excelente falsificador y grabador Martin Normand. Está muy impertinente, desde que… sorprendió lo que nunca debió ver. Me refiero al merecido final de los dos húngaros. Un chantajista, era un riesgo previsible, pero no pensé que habiendo entrevisto a Margit y Lizza, ambos Normand pretendieran subir a la superficie. Yo sé que es Martin el que ha obligado a Jacques a «subir a la superficie».

—Yo puedo ocuparme de este maleante, Terry —dijo el «criado». Rudolf.

—No conviene otra desaparición. Bastó con el incidente de los húngaros. Ha venido un periodista, y no tardará en venir un hombre llamado Leonard Monk, un detective muy listo. No temáis, queridos huéspedes… Si os fui recomendado, es porque valgo, ¿no? Pero no estará de más, que prestéis atención a la señal de alarma, aunque confío en que por muchos años podré seguir prestando mis servicios a cuantos como vosotros los necesiten. Vuelvo arriba, porque no ha de tardar en llegar el señor Monk. Ven conmigo, Rudolf. Dedica más horas al idioma, si quieres llegar, a ser la señora Chambers, Gerba, austríaca de mi corazón.

Los «colegiales» rieron.

En el corredor, apoyándose en el brazo de Rudolf. Flaherty indicó:

—Martin Normand no sabe nadar. Podría resbalar en el Hoyo de las Medusas, lamentaríamos mucho la dificultad de extraerlo. Pero vete con mucho cuidado, Rudolf.

—Es un canalla…

—Sin comentarios de mal gusto, Rudolf. Es un hombre que va a

morir. Un imprudente que, pese a no saber nadar, se pasea por el borde de esta peligrosa piscina. Resbalará, cuando yo encienda un brasileño, bajo el porche lateral, Rudolf. No antes ni después. Gracias, Rudolf.

Al llegar a su alcoba, Terence Flaherty volvió a sentarse en el sillón de ruedas. Empezaban de nuevo a dolerle las piernas. En el vestíbulo, oyó la música a cuyo compás bailaba Jacques Normand con Carol Leroy.

Salió para detener las ruedas bajo el amplio porche lateral, desde el que se divisaba la alameda de entrada, y la piscina.

—¿Hablaste ya con Margit? —inquirió una voz.

Terry miró hacia el lado en penumbra, donde casi no era más que una silueta confusa Martin Normand.

—Hablé. Está dispuesta a perdonarte. No tardará mucho ella en oír tus excusas allá en la propia sombra de las Medusas. Un ripio. Pero te sonará a buena poesía.

Con rictus cínico se aproximó Martin Normand.

—¿Mis excusas, eh? Será ella la que me las dará, y a mi gusto. Que no tarde.

—Lloró un poco, pero por mí está dispuesta a todos los sacrificios.

—Más sabroso aun.

Martin Normand se alejó hacia la plana superficie oriental del anchuroso y estrecho lago piscina.

Terence Flaherty cerró los ojos. A veces, matar era casi misericordioso.

En la penumbra de donde poco antes surgiera Martin Normand surgió ahora la voz del mejicano Aguilar:

—La señorita Margit duerme. La señorita Lizza ha ido a su recital, señor Terry.

—Vete a la verja principal, porque espero una visita importante. Apenas llegue esta visita, estarás muy visible junto al «teatrillo» de la señorita Lizza. El resto de la servidumbre estará también visible al interior de la casa. Nadie debe rondar por los alrededores de la piscina. Es muy importante; no lo olvides.

—Descuide el señor Terry.

Se alejó la corpulenta silueta gris, que llevaba como cinto un largo látigo.

Poco después se oía el rumor progresivo de un motor, y el «De Soto» conducido por Leonard Monk, atendía La dirección que en un estribo le indicaba el mejicano Aguilar.

CAPÍTULO V

EL MALEFICIO DE LA «M»

1

—Encantado de conocerle, señor Monk, y le esperaba con verdadera curiosidad. Carol le atribuye sapiencias misteriosas acerca del influjo de los astros en las personas, y una decidida repulsa a pasear a la cruda luz del sol. ¿Cenará?

—Ya desayuné, y no almuerzo hasta las dos de la madrugada, señor Flaherty. Comparto su curiosidad, ya que deseaba hablar con usted, abordando un tema difícil.

—No hay tema difícil entre hombres inteligentes, y yo lo soy. Puedo hablarle de mis piernas. Me pasaba horas y horas, sentado, sometido a presiones nerviosas, de concentración en busca de la línea rebelde y el color reacio, y adquirí reuma, que hallando un ambiente propicio para desarrollarse en el riego de coñac con que tonificaba mis venas, se transformó en ataxia locomotriz. Un calificativo idiota. Locomotriz, da idea de velocidad, y estoy clavado en una silla rodante, aunque a instantes recobro el uso de mis piernas. Es característico de esta invalidez, dar breves ilusiones de recuperar la normalidad.

Leonard Monk tenía la prestancia de un esteta, que sabía no rozar los lindes de la extravagancia. Su fieltro negro, de anchas alas, rimaba con el bastón de ébano, la chalina, y los zapatos relucientes.

La camisa de seda blanca, destacaba en el obscuro gris y solapa baja de su traje cruzado. Su rostro era estatuario, como si la carne tuviera dificultad en moverse entre la tersa piel pálida y la marcada estatura.

—Un tema difícil queda abordado, señor Monk —añadió Terry —. Al verle aproximarse le juzgué dotado del difícil don de saberse mover adecuadamente. Usted habría sido un excelente actor, si hubiese pensado en dedicarse al arte que es afición de Lizza. Supongo que Carol le habrá ya hablado de nosotros. Reconozco que somos extravagantes, pero no desequilibrados. Me interesa aclararlo, porque ante un astrólogo, toda sinceridad es recomendable.

—Mi afición verdadera es indagar hechos que suscitan la curiosidad, señor Flaherty.

—Una vieja costumbre de la casa, es que me llamen todos Terry.

—La señorita Leroy vino a visitarme, y pagó cien dólares, precio de mi consulta. Mi método es sencillamente teatral. Inquiero las efemérides, relativas al día de nacimiento, buscando los cruces astrales, y establezco así la primera parte de una ficha de mi cliente. Sujeta, como es racional, a posteriores confirmaciones. La segunda parte de la ficha, es obtener una fotografía de las manos de mi cliente, y por último, un estudio de la imaginación, mediante un plato vibratorio con arena y guijarros de color, que plasman imagen clara. Así he obtenido una aproximada ficha de la señorita Leroy.

—Carol es una psicología normal. ¿O no lo es?

—Su horóscopo determina que siendo muy romántica en el fondo, tratará de ahogar su sensibilidad, con aparentes cinismos. Piensa mal de todo el mundo, y ve maldad en torno suyo.

—Empiezo a tenerle respeto a la astrología, señor Monk.

—Correspondiendo a su amable invitación, Terry, es vieja costumbre de los que me son simpáticos, que me llamen Leo. Las manos de la señorita Leroy, bien trazadas y largas, denotan un alma capaz de buenos y generosos impulsos. La parte de la palma bajo el pulgar, llamada Monte de Venus, tiene ingente desarrollo en la señorita Leroy, e indica coquetería y mucha imaginación. Bajo su índice, el Monte de Júpiter, indica propensión a actos indelicados.

—Está usted retratando muy a lo vivo a Carol, Leo.

—Por último, cuando en el plato vibratorio, apareció con toda evidencia la figura sexta, porque unos electrodos magnéticos, distribuyendo los guijarros de color y arenas, a mi deseo, la señorita Leroy vio un oasis con cuatro palmeras y una colina con un manantial plateado. La figura sexta para un ser de imaginación

poco desarrollada, sólo puede sugerir lo que plasma. Cuatro postes de arcada de puente sobre un río. Era indudable, pues, que mí cliente tenía una imaginación volcánica. Solicitaba que yo inquiriera con discreción acerca de la súbita y rara desaparición de dos húngaros, una mañana de boda. No lo tome a mal, Terry. La señorita Leroy quería al príncipe Mihail.

—La que llama usted señorita es, en realidad, una malintencionada envidiosa, cuyo deporte favorito sería arrebatar los novios de sus amigas.

—Hecha su ficha, pensé, de momento, en la rareza de que dos enamorados en vez de vestir el chaqué, cogieran una canoa a motor y huyeran. Llegué hasta creer que usted estuviera enamorado de alguna de sus dos pupilas. Envié a mi auxiliar el periodista Mark Gilbert, a sondear, y me permití conversar con el comisario Saunders. Éste tuvo la gentileza de explicarme que los húngaros, vendieron determinadas joyas en dos ciudades mejicanas, y su último rastro los hace suponer camino de Panamá. Unos aventureros que terminarán en presidio. He considerado necesaria mi visita, Terry, y no guarde rencor a la señorita Leroy.

—Evidentemente, con un defensor como usted, el más culpable sería absuelto. He de ser tolerante, y reconozco que la muy imaginativa Carol estará muy contrariada cuando usted le diga que los dos que ella, suponía misteriosamente desaparecidos, han ido vendiendo joyas por Méjico, y mi canoa en Panamá. Es preferible que terminen en cualquier presidio sudamericano, a que hubieran labrado la infelicidad de dos almas sensibles como lo son Margit y Lizza. Ahí viene su auxiliar, un muchacho agradable.

Mark Gilbert perplejo, se aproximó, sentándose maquinalmente a la invitación de Terence Flaherty.

—Queda explicado por qué esta madrugada batió usted el récord de carreras a pie, Mark. El inteligente y científico Leo Monk, acaba de aclarar todo lo concerniente a la excesiva imaginación de Carol.

Terence Flaherty eligió un largo cigarro brasileño de una cajita. Fingió llamar a espaldas suyas, hacia el vestíbulo obscuro.

—¡Rudolf! Avisa a la señorita Margit, que su nuevo galán se va a fatigar paseando ansioso.

Volvió a mirar hacia los dos hombres, haciendo rodar entre sus dedos el largo puro brasileño.

—Hemos reanudado la buena costumbre de disfrutar de invitados agradables.

Encendió un mechero de llama vivaz, aplicándolo al extremo del cigarro…

Lejano, pero agudo, resonó un alarido, que se ahogó en el inconfundible chapoteo de un cuerpo cayendo al agua.

2

—Alguien ha caído al agua —dijo con lógica aplastante Mark Gilbert, saltando en pie.

—¡Reflectores, Rudolf! —gritó Terry Flaherty.

Aparecieron corriendo Carol Leroy y Jacques Normand, así como diversos criados.

Leonard Monk siguió también el curso humano de los que corrían hacia la piscina, que fué iluminándose espaciadamente con arcos voltaicos.

Habían llegado antes que nadie el mejicano Aguilar y Elizabeth O'Brien.

Todos en confusa desorientación, escrutaban el agua, y alguien gritó, resbalando.

Era Carol Leroy, a la que sostuvo por el codo Mark Gilbert.

—Allí —señaló Leonard Monk.

Veíanse anchos círculos concéntricos en La base de un peñasco coronado por pequeños rosales-laurel. Unos círculos lentos, gelatinosos, como si el agua fuera allí, espesa y viscosa.

—Es el colector de vaciado —indicó alguien.

—¡No se tire, Mark! Hay embudo de remolino y algas…

—¡Cuerdas, y la pértiga!

Se movían todos, apiñándose junto a la base del roquizo. Jaques Normand apremió:

—¡Hagan algo! ¡Saben nadar!

La voz de Terence Flaherty, llegando, impuso una pausa de sosiego:

—Todo es inútil, porque hay succión en este extremo de la piscina, por donde las aguas vacían. El mejor nadador no podría

remontar a la superficie. Es como un pozo, ajeno a la piscina, que termina en muro esclusa, allí. ¡Abre las compuertas de vaciado, Aguilar!

—Con una cuerda, yo puedo bajar.

—No, Mark. Sería inútil y trágico. Hace ya tiempo que pensé hacer tapiar este colector, pero de día es bonito, con sus medusas y algas flotando como cabelleras femeninas…

—¡Cállese, viejo loco! —chilló Jacques Normand, temblando como un epiléptico—. Mi hermano ahogándose… y aquí ustedes…

Con una gruesa cuerda, bajo los sobacos, y anudada tras el cuello, un hombre vestido solo con pantalón, estaba imitando al equilibrista que pasa la maroma.

Sus pies descalzos pisaban el muro de separación de la piscina y su pozo colector de vaciado. El muro iba sobresaliendo, al empezar a vaciarse el pozo, cerradas las ojivas, por donde destilaba la piscina, al renovarse.

La gruesa soga era sostenida en su extremo por Leonard Monk. Y Mark Gilbert se zambulló verticalmente.

Percibió la poderosa succión que lo absorbía, pero era sobre todo impresionante, la tupida masa de movientes y viscosas flaccideces que le enfundaba en su descenso.

No veía nada, y movió los brazos para intentar separar aquel contacto repulsivo, en que medusas, algas y lianas subacuáticas, parecían susurrar pegajosas obscenidades, palpándole, envolviéndolo en blanduchas presiones.

Alguien le había colocado en la diestra una linterna submarina, pero el foco de luz, sólo hacía resaltar el verdor obscuro de aquellos cortinajes densos.

Arriba, Monk, ayudado por Carol Leroy y dos criados, tiraban con fuerza de la soga. Emergió primero una masa verdosa, y por fin, el chorreante busto.

Mark Gilbert aspiró aire, pidiendo, entre resuellos:

—Un cuchillo… algo para cortar…

—Es tristemente inútil —dijo la voz de Flaherty—. El cuerpo habrá sido atraído hacia la rejilla final de salida del agua, y la flora abundante formará como un sudario horrible… Hay que esperar trágicamente a que se vacíe el pozo.

Al otro lado, un criado había imitado la acción de Gilbert, y

sostenido bajo las axilas por otra gruesa soga, descendía con un cuchillo en una mano y una linterna en la otra, mientras tres criados agarraban fuertemente el remate.

El agua iba descendiendo muy lentamente, y el verdor se replegaba con ondulosos vaivenes, como dotado de vida propia, adhiriéndose a los cuatro muros.

Jacques Normand, sentado en el suelo, reclinaba la cabeza sobre sus brazos apoyados en las rodillas. A su lado, Elizabeth O'Brien murmuraba palabras incoherentes.

Carol Leroy decía:

—Yo comenté con Jacques que su hermano, no sabiendo nadar, no debía haber elegido este sitio para…

—¡Cuidado!

Al otro lado, el primer criado que sostenía la cuerda, había resbalado y los otros dos, pugnaban por no ser atraídos. Por unos instantes pareció que los tres iban a ser también tragados por el tétrico pozo…

—¡Retírense! —gritó Flaherty—. Todo es ya inútil, y no quiero otras víctimas imprudentes. Ize a Mark, señor Monk. Aunque encontrara el cuerpo de Martin Normand, le sería imposible izarlo. Ha transcurrido demasiado tiempo, y ahora todo el peso del agua, al vaciarse, está aplastando contra la rejilla al pobre Martin, y sólo queda esperar a que el pozo se vacíe. ¡Anthony! Vete a buscar al comisario Saunders, y comunícale la trágica noticia. Id a la casa, Margit, Lizza… Acompañad al pobre Jacques… Voy con vosotras. Y por favor, señor Monk, haga renunciar a sus imprudentes esfuerzos a su amigo Mark. Sólo podemos rezar por el pobre Martin Normand.

—El pozo tardará aún en vaciarse unas horas —dijo alguien.

Se retiraban hacia la casa, en comitiva silenciosa. Mark Gilbert volvió a emerger, y siguió tirando Monk ayudado por Carol Leroy.

Apoyando las dos manos en el reborde del muro lateral, se encaramó Gilbert a la plataforma del roquizo. Tenía la cara, busto y extremidades recubiertas de verdeantes tirillas, que en sus cabellos se ensortijaban también en flecos.

Fatigosamente, reptando, quedó extendido sobre las losas, dejando caer linterna y cuchillo.

—Es una selva, espesa, lo que encubre esta maldita agua —

jadeó.

Carol Leroy murmuró:

—El maleficio de la «M».

Monk iba desanudando los enlaces de soga, a espaldas de Gilbert que boca abajo, mientras iba recuperando el normal resuello, mascullό:

—¡Qué diablos de maleficios, Carol! Un hombre que no sabía nadar resbaló, y este pozo traga con voracidad, y no suelta. Mas que agua, le da a uno la impresión de ser sorbido por un embudo de telas gruesas movidas por suave brisa. Es… asqueroso.

—Mihail y Martin. Los dos enamorados, de Margit. La «M»… —musitó Carol Leroy, apretándose contra Leonard Monk, y mirando en rededor.

—Y yo me llamo Mark, y le digo a usted señorita Leroy, que no sea majadera, que también empieza por «m». Ya está bien de tétrica la cosa, sin que usted añada gotas de tremebunda tontería. ¡Vaya! Se han ido todos, ¿no?

—El pozo tardará horas en vaciarse, y es humanamente imposible hacer nada.

Poniéndose en pie, Mark Gilbert fué recogiendo las prendas que se había quitado. Afirmó:

—Voy a enjabonarme con cepillo de púas, porque me da la impresión de haber estado metido en una tina de engrudo. Y pese a los reflectores, sigue siendo macabro este decorado. No sé qué raras ideas tendría el francés para dedicarse a pasear a ras de este foso traidor.

—Esperaba a Margit, con la que poco antes tuvo una pelea.

—Todo esto es horrible, y quiero irme cuanto antes.

—Déjese de chismorreos, Carol, y de maleficios.

—No podrá irse, hasta que el comisario Saunders no le haya tomado declaración. Rutina, señorita Carol.

Se encaminaban hacia el caserón de los maniquíes. En la casa, las luces estaban profusamente iluminadas.

Mark Gilbert penetró en uno de los compartimientos de ducha.

Sentándose, Carol Leroy trató de apartar La vista de los maniquíes enfundados.

—Ahora, este trío de locos se dedicará a fabricar un Martin Normand en cera y colores. Y Lizza le recitará elegías.

—Siga dominando los nervios, señorita Carol. Lo sucedido ha sido desagradable, pero no deje usted correr la imaginación.

—Voy a ver qué pasa ahí dentro; al menos habrá mucha gente, y algo fortificante para beber.

Salió ella, para correr hacia el porche. Leonard Monk paseó unos instantes. Bajo el chorro, Mark Gilbert se frotaba con vigor.

—He advertido a Terry la oculta razón de nuestra presencia, para dejar bien sentado que Carol es una imaginativa.

—Me lo figuré desde un principio.

—Tan pronto Saunders proceda a la rutina, cogerás el coche, Mark. Encontrarás un sobre con instrucciones que seguirás al pie de la letra. Aunque te extrañen…

—Siempre me han extrañado tus instrucciones, pero las sigo al pie de la letra.

—Vas a hacer un corto viaje, un poco en plan de hombre de choque, ¿comprendes?

—Ya. Tendré que estar precavido, ¿no?

—En San Diego, a las nueve de la mañana, podrás tomar el avión costero, que hace escala en Manzanillo y Mazatlán, y que te dejará en Balboa. Llevas, supongo, tu pasaporte preparado.

—Siempre. ¿Méjico y Panamá? ¿Y qué…? Bueno, ya lo leeré.

—En el bolsín interior de la izquierda. Puedes esperar la llegada del comisario Saunders en el «DeSoto», informándote, y así arrancarás cuanto antes. Voy a la casa.

—¿Es con referencia a un nuevo asunto, Leo?

—Es con referencia a tus conocidos Mihail y Bela.

Mark Gilbert tragó un poco de agua, y cuando recuperó el uso de la palabra, asomando la cabeza, vio que estaba solo con los maniquíes.

Apresuró el resto de su «*toilette*». Y en el «DeSoto» bien iluminado por las luces de la terraza, se acomodó, para hurgar en la rendija bajo la radio, donde Monk o Luana colocaban «las instrucciones».

Del sobre extrajo unos billetes de Banco, y dos hojas pergamino, escritas a máquina.

La primera decía:

«La versión oficial del comisario Saunders, es que

Mihail Dulovitch y Bela Lukas, abandonaron la canoa en la línea fronteriza mejicana, y por la relación de joyas especificada en la hoja adjunta, dejaron huellas de su itinerario, vendiendo las marcadas «A» en la ciudad portuaria de Manzanillo, en un establecimiento de la calle Colina, «Samuel Gros». Vendieron las marcadas «B» en la ciudad portuaria de Mazatlán, Avenida de la Ribera Sur, «Préstamos Belmar». En Manzanillo, firmó y mostró su pasaporte, Mihail Dulovitch, y en Mazatlán, firmó y mostró su pasaporte, Bela Lukas, para cumplir el requisito legal. Vendieron las joyas marcadas «G», en el puerto panameño de Balboa, en «Tachter Kiosk», y constan en la «Lista del Comité de Vigilancia del Canal», como pasajeros del frutero «Amador», zarpando rumbo a Guayaquil. Las joyas vendidas y adjunto relacionadas, son pertenencia de Terence Flaherty. La orden de detención contra los dos húngaros, sólo tendrá efecto si pisan suelo o barco norteamericano.

»Provisto de lápices, de colores, y con tu habitual maestría, visitarás a “Samuel Gros”. “Préstamos Belmar” y «Tachter Kiosk», para obtener la descripción física de los vendedores de estas joyas. Color de cara, ojos, cabellos, y realizarás el bosquejo. En Balboa, visitarás la agencia naviera de los fruteros a Guayaquil, con el mismo fin. Regresarás. Además de los lápices de colores y block de dibujo, de los que te proveerás tú, he dejado en el bolsín de siempre, licencia internacional para uso de arma corta, marca «Webley», que posiblemente te será útil.

»Sería altamente interesante que en Balboa, intentaras comprobar la salida de los dos portadores de pasaportes legítimos. Tengo mis dudas sobre su rumbo a Guayaquil. En la agencia naviera de los fruteros, en Balboa, puede iniciarse el imprevisible momento en

> que la “Webley” te resulte muy útil.
>
> »Tus conocimientos de español son suficientes, aunque el inglés es básico en Manzanillo, Mazatlán y Balboa. Los pasajes en avión, ida y vuelta, a cargo de la señorita Carol Leroy».

Echó un vistazo distraído a la relación de joyas: pitilleras de platino, gemelos de brillantes, botonaduras de perlas, anillos, y algunas joyas femeninas.

Estaba muy acostumbrado a no saber la última palabra, hasta que Monk no hubiese atado todos los cabos. Bajó del coche, porque acababa de llegar un «Ford». El que había ido a buscar al comisario rural de San Nicolás, Saunders.

3

En la gran sala central, alineábanse al fondo los componentes de la servidumbre a los que fué a unirse el llamado Anthony que en el «Ford» había ido a buscar al comisario.

Margit y Lizza sentábanse en un sofá, y Carol Leroy en un sillón cercano. Leonard Monk estaba en pie tras el sillón de ruedas, donde Terence Flaherty acogió con un elocuente meneo de cabeza la entrada de Saunders, mientras Mark Gilbert se aproximaba a un mueble-bar.

—Un desgraciado accidente, comisario. El hermano del pobre Martin estaba tan agitado, que tuvimos que administrarle un calmante, y duerme. Supongo que Anthony le habrá explicado ya lo esencial.

Rubicundo, campechano, el rural se condolió:

—Es mala suerte, Terry. Procederé brevemente a las molestas preguntas rutinarias. Si alguien vio alguna anormalidad, es su deber prestar declaración. Uno a uno irán testificando por escrito, dónde se hallaban al caer al vertedero el señor Martin Normand. Me refiero a la servidumbre. Mientras, aceptaré uno de sus cigarros, Terry. Y le oiré.

—Yo estaba conversando con el señor Leo Monk, a quien ya conoce, y con periodista afamado Mark Gilbert. Sólo oímos el grito preceder en poco al clásico ruido de una caída al agua. Martin Normand estaba en el roquizo de las Medusas, esperando para presentar sus excusas a Margit, por un pequeño incidente anterior, durante la cena, en la que el pobre Martin se mostró excesivamente galante, Margit no quería ir, y se había encerrado en su alcoba.

Miró Flaherty a Carol Leroy, añadiendo:

—Creo que la señorita Leroy, a la cual también conoce usted, es la mejor testigo.

A la muda interrogación del comisario, ella replicó nerviosamente:

—Yo acompañada por Jacques Normand, en la salita ésta, había comentado que Martin, no sabiendo nadar, no debía pasear tan cerca de la piscina. Le veíamos porque la pechera de su «*smoking*» se destacaba, y cada vez que encendía un cigarrillo, le podíamos reconocer. La ventana de la salita estaba abierta, y apenas segundos antes de oír el horrible grito, Jacques y yo, habíamos comentado que sería preferible, irle a buscar, porque parecía un alma en pena…

—Pero ¿le vieron caer?

—No. Acudimos corriendo como todos los demás, pero puedo jurar que Martin Normand estaba solo. Cualquier otra presencia la hubiéramos descubierto.

—La señorita Leroy —dijo agriamente Flaherty— es tan amable que quiere testificar que no asesinamos a Martin. ¡No hace falta que te encrespes, Carol! Si en vez de encontrar a un detective inteligente como lo es el señor Monk, das con un privado chantajista, te hubiera sacado hasta el último centavo de tus fondos destinados a complacer tu afán de chismorreo peligroso. Cásate pronto, y será mejor, Carol. Tus malévolas insinuaciones acerca de la indecorosa actitud de los dos pillos que tú presentaste en esta casa, te las perdoné, pero ahora públicamente y sabedor de que pagaste a un detective por suerte inteligente y honrado, te echo de mi casa.

—¡Terry! —suplicó Elizabeth
O'Brien.

Todos los oyentes espectadores, a excepción de Leonard Monk, se sentían molestos. Carol Leroy, trémula, se puso en pie. Intervino

Mark Gilbert:

—Si no me necesitan, acompañaré a la señorita Leroy.

Terence Flaherty miró al periodista:

—Con usted no iba, Mark, ya que bastante castigo tiene con ser novio de esta viborilla.

—Buenas noches. Vámonos, Carol, y cierra la boquita. Dirías cosas que después lamentarías.

La asió del codo y abandonaron ambos la casa. Bajando las escaleras, ella inició un movimiento de retroceso, pero firmemente, Gilbert susurró casi arrastrándola:

—La noche está tormentosa, Carol. No añadas electricidad al ambiente.

—Es que… ¡quisiera decirle unas cuantas cosas a este remilgado indiscreto que juraba ser callado como una tumba!

—Leo Monk sabe siempre lo que dice y lo que se hace, Carol. Envía mañana a recoger tu coche y equipaje. Yo te llevaré a la ciudad.

Poniendo en marcha el «DeSoto», añadió Gilbert:

—No eres una chismosa, Carol. Y Monk te aprecia.

—¡Valiente manera de demostrarlo, contándole al maldito Terry…!

—¿Ves? Te das cuenta de que Leo Monk, lo que pretende, es adormecer el recelo de Terry.

—Entonces, entonces, yo tengo razón. ¡Mataron a Mihail…!

—Está muy vivo, y viajando por Méjico y Panamá, en compañía de Bela. La prueba es que a la madrugada, estaré en San Diego, y cogeré el avión para localizarles.

Reinó un largo silencio, que duró hasta que el «DeSoto», en la carretera general, dejó atrás la colina y el poblado.

—Voy contigo, Mark. En el fondo, no eres tan antipático como a primera vista y oída creí.

—Quisiera tener la cortesía de verdugo chino que tiene Leo, para poder enviarte al cuerno finamente. Puede que mi viaje sea peligroso.

—Las emociones me encantan, Mark. Y… no olvides que yo sentía una gran atracción hacia Mihail, porque era todo lo contrario de ti. Era fino, era cariñoso, era…

—Un bandido acabado, que huye con las joyas de la novia y su

tutor.

—Iré contigo, Mark.

—No veo cómo.

—Te conviene.

—¿Sí, dulzura?

—Si me quedo en la ciudad, mañana le iré a cantar las cuarenta a Terry. A ti no te envía Monk a viajar por seguir la pista a ladrones de joyas. Hay gato encerrado.

—Y que puede arañar.

—Llévame contigo, y no te arrepentirás, Mark. Yo quiero morirme de vergüenza si soy la víbora que pretende Terry, y lo seré si veo con mis propios ojos al encantador embustero de Mihail. Yo te digo que lo más seguro es que Terry está enamorado de una de sus dos pupilas. A las dos las mira mucho, y no como pacífico tutor.

—Y mató para evitar la boda, ¿eh? Te dejaré en tu casa.

—Como quieras.

—Y me prometerás quedarte callada y quieta hasta mi regreso.

—No hago nunca, falsas promesas. Soy así.

—Mi viaje ida y vuelta, en avión, corre a cargo de tus fondos.

—Razón de más. Mañana me daré el gusto de anunciarle a Terry que tú vas siguiendo los pasos de unos ladrones de joyas, equivocadamente, y que Monk es más falso que un caimán. Ya no me importa que añadan más vinagre a mi reputación.

Mark Gilbert suspiró. Tardó poco en contestar:

—Leo te preferirá muerta en cualquier tugurio panameño, a viva y estropeándolo todo en «Cumber Manor». Cogerás el volante en Santa Catalina, y así podré dormir cuatro horas. Hasta allí, duerme tú.

—Eres un sol. Y valiente, porque yo por nada del mundo, me hubiera sumergido en aquel asqueroso charco. Ya me despertarás en Santa Catalina, y te prometo ser callada y obediente.

—Ojalá así sea.

Ella apoyó la cabeza en el hombro del periodista, y tres horas después se despertó. Mark le dijo:

—El volante para ti, Carol. Fraternidad y compañerismo. Cuando lleguemos al bar del aeródromo, tráeme un café calentito.

—¿A qué aeródromo, jefe? Estoy excitadísima… Montaré una agencia de detectives.

—Al costero mejicano, en San Diego. Dos pasajes con tres escalas, ida y vuelta. A Balboa, puerto de Panamá, tercera escala. Casi sería mejor no sacar el pasaje de vuelta.

—Se obtiene una economía de muchos dólares, Mark.

Cerrando los ojos, estirando las piernas, y echándose el sombrero sobre la cara, dijo Mark Gilbert:

—Es que hay muchas probabilidades de que no exista viaje de vuelta. No sé por qué ni cómo, pero Monk lo cree bastante posible. Soy su hombre de choque. Los comentarios, mañana con el café, mi vida.

—No me llames así, porque me disgusta sobremanera. Es excitante pensar que en alguna de las tres escalas, puede esperar un asesino a sueldo de Terry, porque yo te aseguro que Terry… Imitas muy mal los ronquidos de un dormilón.

—¿Tantos has oído roncar?

Carol Leroy empezó a contar entre dientes, y cuando llegó a la cifra ocho, dijo:

—Mejor será que hablemos lo menos posible.

Y calló durante el resto del camino, hasta San Diego.

4

A las cinco de la madrugada, el vertedero estaba vacío, mostrando un bosque vertical, esponjoso. Por una escalera de mano, y prudentemente asido a un largo cable, descendió el comisario Saunders.

Su linterna creaba irisaciones verdes en la vegetación. Calzaba abarcas de suela de crepé, facilitadas por el jardinero Aguilar, que le evitaban el resbalar por el viscoso suelo.

Los reflectores portables enfocaban la rejilla de desagüe, pero algas y medusas en compacta masa, impedían identificar la masa humana, adherida contra el hierro de los barrotes que impidieron al ahogado deslizarse acantilado abajo, hacia el mar.

Inclinado, el comisario Saunders procedió a la macabra tarea de ir arrancando las húmedas y flexibles plantas, hasta que logró afianzar en torno a los hombros y cintura del cadáver, el cable.

Se apartó, y valiéndose del mismo cable, deshizo su camino, hasta empuñar el peldaño de la escalera.

Mientras subía, Aguilar y Monk fueron tirando del cable…

Flaherty permanecía algo alejado. No había querido que sus pupilas estuvieran presentes.

El comisario Saunders llegó arriba, y con precaución recuperó la sólida verticalidad, abandonando las abarcas y calzándose sus zapatos.

Acercándose a la silla de ruedas, apartada del borde, hizo una extraña pregunta:

—¿Dónde está el señor Martin Normand, Terry?

Terence Flaherty, que no podía aún ver lo que ya habían comprobado Aguilar y Monk, miró asombrado a Saunders, el cual añadió molesto:

—El único ahogado en este pozo, es Rudolf Platko.

Sobre las losas, boca arriba, algo hinchado, yacía el que había fracasado en su misión de hacer resbalar a Martin Normand.

Capítulo VI

El Misterio de Panama

1

«Samuel Gros».

«Compra-venta».

En grandes letras sobre el dintel, y a cada lado del amplio escaparate rebosante de toda clase de objetos, resaltaba en la calle Colima, el reclamo.

Desde el aire, Manzanillo era merecedor de su típico renombre de ser uno de los más viejos puertos aztecas del Pacífico. A medida que la carretera del aeródromo iba descendiendo hacia la ciudad, se comprobaba que era un puerto activo, de salida de los productos de Jalisco y Guadalajara.

En sus muelles se daban cita todos los pabellones mercantes, y el «taxi» que conducía a Mark Gilbert y Carol Leroy, era un armatoste más adecuado para cargar fardos que trasladar personas.

Cuando se detuvo en la calle Colima, asintió Carol Leroy:

—Esperaré, Mark. Lo prometo.

Mark Gilbert penetró en la tienda. Olía a refrito y moho. Se apilaban mercancías muy variadas, y al fondo, el mostrador largo recordaba una jaula de Zoo, porque el primer Samuel Gros, con la vida perdió el contenido de la caja, al no disfrutar como sus herederos de la protección de los barrotes y enrejado metálico.

Un hombrecillo calvo, de gruesas gafas, sentado tras una ventanilla, saludó:

—Buenos días.

O era un experto en reconocer nacionalidades, o el inglés era el

idioma general en los prestamistas.

Mark Gilbert apoyó en el mármol un block abierto, y en su zurda sostuvo en manojo varios lápices de color.

—Es para un artículo-reportaje, señor Gros.

—Isaac, a su servicio. ¿Carnet, señor?

Meticulosamente examinó el carnet de prensa que colocó Gilbert sobre su mármol, donde había una balanza de joyero, y los contrastes de prueba de metales preciosos.

—El «Mirror» de Los Angeles curiosea por todas partes —manifestó Mark—. Si un marinero sediento, coloca sobre este mármol, por ejemplo, un reloj de oro, ¿le pide la factura de compra?

—Las facturas, si son presentadas, hacen tasar a más alta cifra el valor de empeño o venta. Pero la Ley previene que son muchos los que adquieren joyas, sin pedir factura; no pueden, pues, exhibirla al vender. Nos basta, por tanto, la exhibición de un documento numerado, y que dé fe suficiente de la personalidad del que acude a pignorar o vender.

—Es un documento de los mejores.

—Comprendo. Basta, por ejemplo, un pasaporte.

—¿Contrasta las huellas o la foto?

—No lo exige la Ley. Nos basta con tomar nota de los datos principales.

—Dos amigos míos vinieron aquí, y debe recordarlos porque eran húngaros.

—¿Húngaros? Un momento…

De un cajón extrajo Isaac Gros un voluminoso libro. Mientras lo hojeaba, explicó:

—Es el registro de operaciones. ¿Sabe la fecha las mercancías que sacaron o dejaron?

—Una pitillera de platino, dos pares de gemelos, un broche de oro y esmeraldas…

—Recuerdo perfectamente. Muy bien. Correcto. Tres mil quinientos pesos cobró el señor… —El prestamista se acercó el libro a los ojos, y pronunció cuidadosamente—: Mihail Dulovitch.

—Tuvo que firmar.

—Compruebe. Todo legal, señor periodista.

El libro, vuelto hacia Gilbert, tenía en lo alto de una página, el

índice del prestamista. Mark Gilbert, en su block, trató de imitar en lo posible la firma, y lo hizo con bastante exactitud.

Receloso, Isaac Gros, manifestó:

—Yo doy siempre todas las facilidades, y no es mi culpa si las joyas son mal adquiridas. Ya vino un policía de Jalisco, acerca de este caballero húngaro. Pero yo estoy en regla.

—Su honradez es acrisolada, y me consta. ¿Puede describirme al caballero húngaro?

—Mi vista no es muy buena, pero como era una operación de cuantía, me fijé sin insistir en el cliente. Es primordial en mi profesión, no aumentar la incomodidad del cliente. Era alto, como usted, elegante, distinguido.

—¿Cabello negro?

—Llevaba un sombrero *jipi*… pero sí, cabello negro. Bigotillo.

—¿Color ojos?

—Llevaba gafas de sol. Es necesario en los trópicos.

—¿Cara muy gruesa?

—Más bien delgada.

—¿Cincuenta años?

—No… No… A lo más unos treinta. Mire la línea de datos.

—Bueno, estos datos son del pasaporte. Soy también dibujante, y no se extrañe de verme manejar lápices —advirtió empezando a bosquejar—. ¿Nariz chata?

—No puedo precisar.

—¿Dientes careados, de oro, o sucios?

—No puedo precisar más detalles.

—¿Le acompañaba otro individuo?

—No, no… Vino solo, completamente seguro.

—Las manos tuvo que verlas, ya que firmó.

—Finas, artísticas.

—¿Blancas, morenas, peludas?

—No puedo precisar. Eran manos de caballero.

—Gracias. Le haré una buena propaganda, Isaac. Adiós.

En el «taxi» y camino hacia el aeródromo, preguntó Gilbert:

—¿Conoces la firma de Mihail?

—Su letra era redonda y adornada. Le vi anotar en un programa, títulos de bailables que le gustaban.

—¿Así?

Ella miró la hoja del block, y asintió:

—Sí. Letra redonda y con filigranas. ¿Quién es éste de las gafas negras, con sombrero de panamá, bigotillo y cabello negro, sin nariz ni boca en la cara delgada? Parece un dibujo de jeroglífico con estas dos manos largas y finas.

—Son los primeros trazos. Terminaré este dibujo en Balboa. Ahora, en Mazatlán, espero que el judío tenga ojazos de lince. Sigue contándome tu vida. Yo te contaré la mía a la vuelta de Panamá.

2

A los pies de Sierra Madre, el puerto de Mazatlán bulle de actividad en su imponente escenario de islitas sembradas por la anchurosa bahía.

El «taxi» era un espléndido «Chevrolet», y la Avenida de La Ribera Sur hubiera deleitado al más ferviente coleccionista de postales representando blancos hoteles playeros y palmeras disciplinadamente aseadas para turistas.

«Préstamos Belmar», entre un bar rutilante y un *dancing* con toldo escarlata, tenía aspecto de joyería cara, porque en sus estrechos escaparates, el terciopelo negro realzaba el brillo de muy espaciados objetos de valor.

En su interior, las mesas-vitrina y dos dependientes atildados, acababan de crear la impresión de joyería distinguida.

Uno de los dependientes se ausentó en La trastienda, discretamente.

—Buenas tardes —saludó Gilbert, colocando su carnet sobre el nítido cristal—. Periodista de Los Angeles, en reportaje que para nada perjudicará a la casa, sino al contrario. Referente a un húngaro.

—Al instante, señor. Un momento, por favor.

Desapareció en la trastienda, y al poco, se presentó un individuo cetrino, barrigudo, de redonda cara glotona.

—Mostré el libro a un inspector, y comprobó la firma y datos del pasaporte. No tengo inconveniente en enseñarle mi libro. Tengo entendido que la policía californiana busca al señor Bela Lukas.

Un dependiente reapareció dejando un libro sobre el cristal, abierto.

Mark Gilbert reprodujo la firma. Inquirió:

—¿Pequeño y sesentón?

—Ni mucho menos. Alto como usted aproximadamente, y representando los treinta y tres, que constan en la filiación del pasaporte. Cabello negro, gafas de sol, un bigote fino, cara delgada, dientes muy blancos, y una sonrisa un poco displicente. No me pidió estos detalles el inspector, pero resultó curioso, que después recordé que el señor Bela Lukas, tenía las manos muy delgadas, y sin embargo los pulgares anchos.

—Seguramente hablaría el inglés con mucho acento.

—Un acento europeo, diría yo, para, diferenciarlo del suyo, señor. Pero no británico, sino más bien diría francés.

—Muchas gracias, señor Belmar. ¿Corresponde este croquis al señor Bela Lukas?

El joyero de ocasión examinó el rápido bosquejo que había ido trazando Gilbert, y sonrió:

—Le felicito, señor. No cité el sombrero *jipijapa*, y si la nariz es afilada, acabará con el exacto parecido. Hasta la sonrisa cínica…

—Gracias.

En el «taxi» y tras dar la dirección de procedencia, Mark Gilbert miró con ojos brillantes a la que, impaciente, refunfuñó:

—Soy dócil y obediente, pero no me tengas en ascuas, Mark.

—¿Conoces a este caballerete?

Ella cogiendo el block, miró la cabeza y las dos manos flotantes, y respingó:

—Éste… ¡es Martin Normand! No importan las gafas, pero esta mueca por sonrisa, el bigote, la cara afilada… Pero esta letra es la de Bela… Escribía poemas absurdos, cuando bebía dos copas de más. No entiendo dónde vamos a parar.

—A Balboa, si no se estrella el avión. A la agencia naviera de los fruteros, uno de los cuales responde al dulce nombre de «Amador». Mi visita al «Tachter Kiosk» será puro formulismo. En recompensa a tu encantadora discreción, lee esto. Son las instrucciones de Leo Monk. Y ganas un cien por cien, sí, calladita y modosa. Si no fueras una ociosa mediomillonaria, casi me enamoraría de ti. Puedo abusar, ya que estás sumergida en la lectura. Hablando

normalmente, y sin dártelas de vuelta de todo, eres deliciosa. Bueno, ya me figuraba yo que de un modo u otro, era peligroso viajar contigo.

Ella dobló los dos papeles pergamino, y susurró:

—Martin Normand con los pasaportes de Mihail y Bela, falsificando la firma…

—Y en vez de ir a Guayaquil, regresando a la colina de San Nicolás. Pero no te quemes el seso. Déjalo para Leo, que es su predilecto pasatiempo.

—Gracias.

—No hay de qué, ni sé por qué.

—Me agradó oír tus cumplidos, porque no los prodigas. No soy medio millonaria. Tengo una renta mensual vitalicia de quinientos dólares, y me gano suplementos llevando clientas a casas de modas y a institutos de belleza. Guárdame el secreto. Pero… ¡yo entro en la Agencia Naviera contigo!

—Al salir empezará el peligro. No creo que a la luz del día y dentro del local, se metan con nosotros.

—Me va gustando cada vez más el viaje, Mark.

—Y a mí… cuando estemos en Los Angeles.

3

El «Tachter Kiosk» era un armatoste metálico, circular, ocupando el centro de la plazoleta Nombre de Dios. Se elevaba en tres pisos, y al entrar, unas escaleras conducían a un sótano con servicio de peluquería, limpiabotas, y librería.

En la planta baja de entrada, había un bar, tocadiscos y máquinas tragaperras. Una columna con flechas, indicaba que en el piso segundo, el servicio de restorán permitía excelentes vistas panorámicas. Otra flecha, mostraba la escalera de acceso al primer piso, y debajo de ella, tres líneas; en español, inglés, francés y alemán:

«Cambio de moneda».

«Joyas de ocasión».
«Agencia turística».

En el primer piso, el mostrador circular tenía en varios soportes la etiqueta de la especialidad a que atendía el empleado.

Parecía una agencia de viajes. El empleado de la etiqueta «Joyas de Ocasión» era rubio y rechoncho, de cara sonrosada, y sudaba copiosamente en su dril blanco.

Mark Gilbert mostró el block abierto, y al lado colocó el carnet.

—Este caballero vino aquí a vender joyas, que relacionadas son las que siguen: un brazalete de oro, veinte eslabones, peso ochenta gramos, un cofrecito de plata incrustado… Bien, usted lo sabrá, por el libro.

El empleado, en pie, siguió abanicándose. Fué cortés, pero seco:

—Hay error, seguro. Yo mismo compré las joyas que usted cita. Pero no a un caballero como el que está aquí dibujado. Eran dos caballeros. Y ambos firmaron mi libro, y me dieron sus pasaportes. Y tomé sus huellas digitales, porque la Administración del Canal es muy severa. Muy severa.

Mark Gilbert, desconcertado, miró la carnosa espalda del empleado, que de un mueble archivo sacaba un libro. Carol Leroy se mordía los labios, muy «excitada».

—Éstas son las firmas, y las huellas en esta cartulina, siempre a disposición de policía, vigilantes del canal o perjudicados.

—¿Recuerda usted a los dos caballeros?

—Perfectamente bien. El más alto, era moreno, de ojos azules claros, muy distinguido y amable, todo un señor, mejorando lo presente, y llevaba una sortija negra con un escudo o blasón de plata.

—¡Mihail! —exclamó Carol Leroy, trémula.

El empleado la miró arqueadas Las cejas.

—En efecto, señorita. Firmó Mihail y Dulovitch. El otro caballero, era rubio…

Atajó incisivo Gilbert:

—Muy rubio, ojos negros, modales de actor, bigote rizado, bien poblado, patillas largas y guapo con ganas.

—Sí, señor. No lo hubiera podido describir mejor. Indudablemente, era un actor, como acreditaba su pasaporte.

—La señorita y yo éramos grandes amigos de Mihail y Bela. Nos gustaría encontrarlos, porque hicieron una tontería, y queremos arreglarlo.

—Celebro poderles ser útil. Apenas recogieron el importe de las joyas vendidas, pasaron al departamento de mi compañero de la sección de viajes, ¡Gastón!

Acudió un hombre con gafas, de aspecto casi famélico, que dedicó una reverencia a Carol Leroy, y una inclinación de cabeza a Mark Gilbert.

—El caballero y la dama preguntan por el paradero de aquellos dos señores húngaros que deseaban visitar el Ecuador.

—Al instante, tengan la bondad.

Señaló al otro lado de la cerrada herradura, y poco después manipulaba en un fichero, de donde extrajo una cartulina.

—Me encomendaron sacarles pasaje y hacer el obligado registro en la Administración del Canal. El frutero «Amador», que zarpó hace exactamente dieciocho días, a la cinco de la tarde, con arribada a Guayaquil y escala de descarga en Buenaventura. Puedo inquirir telegráficamente noticias del capitán del «Amador».

—No es preciso. Iremos a Guayaquil. Muchas gracias por su amabilidad.

—Estamos al servicio del turismo, señor. Servidor de ustedes.

Mark Gilbert, asiendo del codo a Carol Leroy, apretó significativamente, porque adivinaba que ella iba a preguntar con superfluo, si no peligroso resultado.

Al exterior, no soltó el brazo, y sonriendo especificó:

—Ríete un poco, como si nos alegrara mucho saber que Mihail y Bela están en Guayaquil. No mires arriba ni atrás. Me apostaría el cuello a que esos dos embusteros nos están acechando.

—Pero… ¡Las huellas digitales! ¡La descripción física exacta de Mihail y Bela!

—Llámalo el misterio de Panamá. Y calladita, sonriente. ¡Ey!

El carricoche rechinó hasta detenerse. El cochero negro tiraba de las riendas como si en vez de un jamelgo agotado, condujese un salvaje pura sangre.

El cabriolé de toldo amplio, tenía buenos muelles.

Mark Gilbert, mutiló atrozmente el idioma de Cervantes.

—Yo querer ir a compañía de barcos de fruta que ir al Sur.

Con mucho mejor dominio del inglés, el negro, volviendo la espalda, anunció:

—Un paseo delicioso, caballero. Una vista única, señora.

El jamelgo arrancó con melancolía fatalista.

—Silencio, Carol. Hemos de paladear el paisaje.

Un funicular carbonero, tranvías quejumbrosos y camiones de todas marcas, dejaban ver a trechos, hangares, grúas, y postes.

El carricoche se detuvo ante un caserón de madera, señalando con el látigo dijo el cochero:

—Naviera «Mayendorff». Es la frutera del Sur, señor.

—Aguárdenos.

Atravesando la amplia acera, murmuró Gilbert:

—¿Mayendorff? ¿De dónde diablos me suena este apellido?

—Un músico vienés, o conservas de salchichas, creo.

En su interior, el caserón apilaba sacos, cestas y cajas de madera. Varios individuos empujaban carretillas, que otros descargaban. Un polvillo acre hizo estornudar a Carol Leroy.

Un hombre rechoncho, en pantalón corto, camisa azul y gorra marinera, se acercó.

—Buenas tardes. Referente a pasaje para Guayaquil.

—No hay barco hasta el lunes. El mío. Hoy termina la descarga.

—¡Oiga! Usted es de Texas, ¡vaya que sí!

—Del mismo Laredo —declaró el tejano—. ¿Qué tal?

—Me gustaría invitarle a unas copas, capitán.

—Austin Craven. Y acepto con placer. Tengo que echar un vistazo, porque por esta tierra abundan los bribones. No tardo más de una hora. Les recomiendo el «*Gin* Brothers», aunque la señora… Mire, no siempre se tiene la ocasión de charlar con paisanos. Dos minutos, y vuelvo.

Se alejó Craven para interpelar a lo lejos, con voz tonante a «Tonio» el hijo de una escopeta…

—Tiene trazas de pirata susurró Carol Leroy.

—La marina es así. Mandan en bribones, y han de ser duros. Veré por dónde sondeo. Ha de conocer al capitán del «Amador».

Regresaba Austin Craven, frotándose la cara con una toalla mojada.

—Como tengo por fuerza que estar cerca de aquí, ¿por qué no tomamos un legítimo vino andaluz en mi camarote?

—Andando —aprobó Gilbert.

Atravesaron el hangar ascendiendo por una larga pasarela, hasta pisar la cubierta de la motonave de unas tres toneladas, donde a proa y popa, las grúas iban sacando racimos de fardos.

—Plátanos, mangos, aguacates… Odio la fruta —rió Craven.

Bajaron una escalerilla muy empinada, y después de caminar por la mullida alfombra de dos estrechos corredores, Austin Graven abrió una puerta.

El camarote era limpio y confortable. Una litera, un armario, un lavabo, dos sillas y un despacho americano.

—Acomódense, amigos. He de estar aquí, por si los amos telefonean. Son unos chinches.

Sacaba del armario una botella empotrada en su aro de soporte y con seis vasos en rededor. Vasos estrechos y altos.

—Es un cañero sevillano. Pura manzanilla. ¿De qué parte de Texas?

—No, yo soy de California.

—Bueno, es casi lo mismo. ¿La señora prefiere algo más suave?

Carol Leroy denegó, cogiendo el vaso que le tendía el marino, y que transparentaba dorado líquido.

Fué Graven a sentarse en la litera, mientras con placer, Gilbert y Carol apuraban el vaso, porque hacía calor.

De pronto, Carol Leroy señaló con el vaso vacío hacia el toallero de rollo, junto al lavabo.

Mark Gilbert parpadeando, leyó también las letras bordadas en la franja blanca del tejido.

Austin Graven con el vaso lleno, casi oculto en su gruesa mano, comentó:

—Es para evitar que los bribones roben. En todos los barcos, como en los hoteles, cubiertos, toallas, sábanas y todo lo que puede ser robado, lleva el nombre del barco.

—Entonces… ¿éste es el «Amador»?

—Y yo el capitán. Comprendo que les extrañe el nombrecito. Los tres de esta línea llevan nombres empezando por «A»: «Amador», «Adalid» y «Aquilón».

—Con permiso —y Gilbert se escanció otra copa, que bebió complacido.

—Pondré en marcha el ventilador, porque la señora empieza a

sentir el mal de mar.

—Hace calor —sonrió ella, pasándose la mano por la frente.

—Un vinillo peligroso.

—Oiga, capitán: ¿usted transportó a dos pasajeros llamados Mihail Dulovitch y Bela Lukas?

—Muy joviales compañeros de viaje. Los desembarqué en Guayaquil.

—No puede ser —tartajeó Gilbert, dejando caer la copa, y sacudiendo la cabeza.

Austin Craven se levantó, y su voz parecía cada vez más lejana:

—Satisfará, su curiosidad otra persona, más indicada que yo. Me avisaron del kiosko. Dentro de dos días, los transbordaré. No sufrirán de mal de mar, porque dormirán hasta llegar a destino…

Carol Leroy y Mark Gilbert, desmadejados, habían bebido por vez primera un vino andaluz, pero mezclado con narcótico alemán. Y parecían en su retorcida postura, dos humanas interrogantes sobre el misterio de Panamá.

El capitán Craven vació la botella en el lavabo. Rompió el gollete lacrado de un frasco de ginebra sin mezcla, y sorbió largamente.

Asomó al corredor:

—¡Albers! Traslada al tercero de transbordos a estos dos pasajeros. Cada cuatro horas, el tubo de zumo de frutas, y la cucharada de adormidera.

Un robusto camarero hizo el traslado. Austin Craven bajó a tierra, y por teléfono comunicó:

—Los dos fardos estibados. Espero la consignación.

Una hora después, el empleado rechoncho del kiosco, sorbía en una terraza un granizado de café en compañía del marino tejano.

—Doble personal esta noche, y mañana zarpas, capitán.

—¿Otra tanda de pasajeros clandestinos?

—No. Tan sólo los dos curiosos. Los transbordas al «Adalid» en la situación de siempre. Le das al capitán Brunswick, este sobre que hace referencia a los dos dormilones.

—Bien. ¿Nada nuevo, aparte de eso?

—Los de Inmigración siguen durmiendo. Buen viaje, capitán.

Al atardecer siguiente, se desvió un poco de su ruta normal el «Amador». Era de noche, cuando una lancha recogía lo que parecían

dos fardos bien envueltos, transportándolos a otro barco gemelo, el «Adalid» del servicio frutero al Norte, con escala final en Los Angeles.

CAPÍTULO VII

LA CONFESION DE MARTIN NORMAND

1

—Rudolf Platko, el año treinta y cinco entró al servicio de los anteriores propietarios —comentó el comisario John Saunders—. Y cuando los Mayendorff dejaron la casa, encargaron a Rudolf que la cuidase como colono. Yo mismo cuando Terry en el año cuarenta y siete, la compró, le recomendé que diera empleo a Rudolf, que era un hombre serio y cumplidor.

Habían echado sobre el cuerpo una lona, y el mejicano Aguilar traía en una bandeja una cafetera y servicio, después que hubo acercado sillas y una mesa.

Empezaba a amanecer. Monk, Terence Flaherty y el comisario, apuraron con ansia la cálida infusión.

—Retírate, Aguilar. Ya te llamaré si te necesitamos. Y no quiero que nadie venga aquí, hasta que el comisario haya decidido.

—Para mí es enojoso, y bastante incomprensible —declaró Saunders—. Todos ustedes dieron por seguro que era Martin Norman el que había caído al agua, y hemos pescado a Rudolf. Ha desaparecido Martin Normand.



Ella apoyó la cabeza en el hombro del periodista.

Y el comisario consultó con la mirada a Leonard Monk. Terence Flaherty parecía anonadado.

—La evidencia demuestra que en aquella altura —prosiguió Saunders— Martin Normand esperaba a Margit, con la que poco antes había tenido un incidente. Según parece, Martin Normand quería casarse con Margit… ¿no, Terry?

—Así me lo dijo él, esta misma noche. Yo estoy tan asombrado como usted mismo, comisario.

—En el foso, no hay ningún otro cuerpo. En cambio, sí había una larga pértiga, que no tiene señales de haber permanecido mucho tiempo en el agua. Y Rudolf recibió un golpe, tal vez producido al caerse o resbalar. Pero la señorita Leroy, afirmó haber visto a Martin Normand segundos antes de que un cuerpo cayera al agua. El cuerpo este…

Leonard Monk volvió a ser consultado por la mirada del comisario, pero como permanecía silencioso, Saunders invitó:

—Dos profesionales de la deducción, aliados casualmente, podemos aclarar algunos puntos, Monk.

—Hable, Monk —apremió Flaherty.

—Como premisa hipotética, sujeta a ulterior consolidación —y Leonard Monk empleó voluntariamente el tono pedante que hacía creer al más receloso de sus oyentes, que era un infatuado obtuso— puedo exponer mi personal deducción, normalmente falible. ¿Tenía o no mal carácter Martin Normand?

—Era irascible, en efecto —admitió Flaherty.

—Tenemos, pues, a un hombre violento, bajo la influencia de un reciente fracaso amoroso. Quiere estar solo, esperando impaciente que Margit acuda a perdonarle. Y aparece Rudolf Platko, buen servidor y hombre serio, de honaribilidad controlada, pero puede ser mal recibido por Martin Normand. Discuten, resbala Rudolf, y aterrorizado, Martin Normand huye. Cuando vuelva en sus cabales, Martin Normand se presentará en cualquier comisaría. Es evidente que la desaparición de Martin Normand, explica la muerte accidental de Rudolf Platko.

—Evidentemente, pero a las nueve de la mañana, yo he de informar al delegado del distrito. Y créame que lo siento, Terry. Cuando el desdichado asunto de la boda, ya corrieron rumores malintencionados.

—Comprendo… Ahora la voz popular, hablará de maleficios, y casi yo mismo acabaré por creer que hay fundamento.

—Puras concomitancias casuales, ajenas a la esencia de las realidades, Terry —sentenció, engolado Monk.

El comisario Saunders calificó mentalmente de «cretino sabihondo» al elegante detective. Terence Flaherty manifestó:

—Tendré que abandonar esta casa, porque no quiero que las pobres niñas, adquieran lúgubre nombradía. Las apodaron «Novias rabiosas», y no quiero que ahora encuentren otro apodo maligno. Haga lo que corresponda, comisario. Yo estoy agotado, y deseo descansar. ¿Por qué no se queda a dormir, Leo? Le llamarán a declarar, y no tendrá que ir y venir desde la ciudad.

—Muy a gusto acepto su invitación, Terry. ¿Podemos despedirnos hasta que nos requiera comisario?

—Procuraré molestarles lo menos posible, aunque esta noche, cumplidos los trámites ordinarios, posiblemente el delegado vendrá conmigo. De momento, haré circular una orden de requerimiento, no de captura, del señor Martin Normand, por el servicio de rurales del Estado, y si el delegado quiere advertir a los federales, no lo podré impedir. Lo lamento, Terry.

—Bah… no se preocupe.

Empujando el carrito, Leonard Monk al cabo de un instante, comentó:

—Temo ser indiscreto, Terry.

—No puede serlo un hombre inteligente y honesto como usted, Leo.

—Gracias. ¿Acaso… Rudolf no podía estar enamorado de Margit?

—Una sugerencia digna de ser estudiada, Leo. ¡Aguilar! Conduce al señor Monk a la «*suite*» azul. Que descanse bien, Leo.

Leonard Monk siguió al mejicano al interior de la casa, mientras Terence Flaherty, ceñudo, intranquilo, hizo rodar su sillón hacia sus habitaciones.

Había dado orden de cerrar por fuera las puertas de las habitaciones de Margaret Gaynor, Elizabeth
O’Brien
y Jacques Normand.

2

—¡Willy! ¡Maldito seas! Tenemos bien especificado que por ningún concepto has de subir aquí, donde pudieran sorprenderte cualquiera

de las dos muchachas.

Willy Horbig, el «que progresaba en sus estudios de ciudadano de Milwaukee, estado de Wisconsin», permaneció en el umbral del cuarto de baño, alisándose los lacios cabellos.

—Mi buen amigo ha de comprender que si estoy aquí contra lo convenido, es que lo imponen las circunstancias. Te ruego desciendas a nuestro casino.

Sentado en su sillón, Terence Flaherty penetraba ya en la caja ascensor, y se quejó:

—Mis piernas me duelen atrozmente, Willy. Y toda nuestra organización puede derrumbarse de un momento a otro. Rudolf ha muerto ahogado, y Martin Normand escapó. Nos delatará.

—A veces, una ejecución demasiado artística, es contraproducente.

—No podía desaparecer como los otros dos. Hubiera sido llamar la atención…

—¿Crees que la atención del comisario Saunders no está ya intrigada?

Empujaba el sillón de ruedas por un pasadizo en rampa, dirigiéndolo hacia un halo de luz.

Era una oquedad desnuda de todo mueble, donde esperaban tres hombres en pie. En el suelo, doblados los brazos y piernas tras las espaldas, amordazado, Martin Normand no podía moverse.

Terence Flaherty emitió un lento silbido… Su respiración se hizo anhelosa, mientras una inmensa distensión facial, aliviaba los hasta entonces contraídos rasgos.

A su lado, Willy Horbig rió suavemente, explicando:

—El fiel Rudolf, una pérdida irreparable para nuestra organización, no quiso fallar, y yo me tomé la libertad, contra lo convenido, de salir a la superficie, tras el peñasco de las Medusas. El fiel Rudolf, bien oculto, esperó tu señal, Terry. Pero este sujeto, debía estar alerta, porque cuando el fiel Rudolf empujó con su pértiga, este sujeto se inclinó, y atrajo hacia sí. Llevado de su impulso, el fiel Rudolf perdió el equilibrio, y cayó al vertedero. Suyo fué el horrible grito que me heló la sangre, pero actué adecuadamente, silenciando a este sujeto cuando pretendía escapar. Mis tres compañeros querían acabar con él, pero les aconsejé paciencia, hasta que tú decidieras.

—Me alegra infinitamente apreciar tu iniciativa, Willy. No tardaré más de una hora en comunicaros de qué modo quedará silencioso para siempre este sujeto, sin causarnos molestias. Meditaré el mejor modo, os lo prometo.

En el suelo, Martin Normand agotado por sus forcejeos inútiles, sólo podía mirar con odio insano al que en su sillón de ruedas, dió media vuelta, abandonando el «casino», seguido por Willy Horbig.

Y antes de subir en el ascensor que le conducía a su cuarto de baño, comentó Flaherty:

—Padecerá un poco el pudor de Margit, pero es obligatorio. Nuestra organización no puede hundirse, y sabré ser persuasivo con Jacques Normand.

3

En su habitación, Jacques Normand, pasado ya el efecto del soporífero, temblaba nerviosamente en su batín, mientras encendía cigarrillo, tras cigarrillo en sus paseos inquietos.

Puertas y ventanas estaban cerradas por fuera. Y miró con aprensión hacía la puerta de la antesala, que al abrirse, mostró primero al mejicano Aguilar, y después el sillón de ruedas.

El mejicano cerró desde fuera. Sonriente, Flaherty movió la cabeza en mudo reproche al irse acercando.

—Nunca debiste aceptar los malos consejos de Martin.

—Usted… Lo ha hecho matar, demoníacamente, ante testigos, que juran es un accidente. Pero conmigo no podrán… porque después de lo ocurrido con Mihail y Bela, otros dos…

—Serénate, y trata de atender mis sugerencias. Tú eres el pintor mediano, que empezaste a viajar espléndidamente por los Estados de la Unión, pagando yo tu propaganda y comprando yo por mediación de galerías de arte, tus malos cuadros. Martin trabajaba a salvo de contingencias desagradables, y los dos os hubierais enriquecido lentamente. Pero Martin no podía luchar contra su sangre viciosa. Cuando sorprendió el final de los dos húngaros, yo adiviné que pretendería hacernos un chantaje, pero se ofreció a emprender el viaje hasta Balboa, y me fué útil su habilidad de

falsificador. Mas al regreso, él se creyó en posesión de los medios para dominarme. Te instó para que abandonando tu supuesta estancia de incógnito en California, salieras a la superficie con él, y los dos os presentasteis ante mis pupilas, sabedores de que ante ellas, yo no tenía más remedio que aceptar vuestra presencia, como invitados que acudíais de Oregón. ¿Y ahora qué?

—Yo le advertí a Martin que era peligroso, y él me llamó cobarde.

—No es cobardía tener sensatez, y puedes ser recompensado. ¿Qué sacarías con denunciar lo que sabes? Una condena por ayudante de falsificador. En cambio, si permaneces sensato, yo no me opondría a que llegado el caso, Lizza se convirtiera en tu esposa. Es más, te prometo usar de mi influencia. Leo en tu cara, la sospecha, el temor… Esfuérzate en ser inteligente. Sólo te mataría en último extremo, y contra mis propios intereses. Vivo y discreto has hecho carrera, y si dosificas tu tendencia al erotismo pseudo poético en tu morboso temperamento, tal vez Lizza te encuentre agradable.

Jacques Normand enlazaba y desenlazaba sus manos, haciendo crujir los nudillos.

—Martin es tu hermanastro, y siempre te llevó a remolque por laberintos de mísera ganancia. Empezaste a saciar tu vanidad y tu gusto por la buena vida, cuando yo os contraté a los dos. También os advertí que la indiscreción terminaría con vosotros. Habrás de reconocer que Martin se buscó la muerte. Puedes vengarle, y volverás a la miseria, si es que consigues llegar hasta un sitio seguro desde donde poder delatar todo lo que sabes.

—Yo… estaré en peligro aquí.

—¡Todo lo contrario, mi querido Jacques! Estarás en peligro fuera de mi amistosa protección. Que te otorgaré merecidamente, porque servirás mi propósito, a cambio de dos pequeñeces. Piensa en lo bonita y delicadamente exquisita que es Lizza, y en lo placentero que es pintar sabiendo que de antemano, tus malos cuadros, están ya comprados, y que puedes pavonearte por salas de exposición, de las ciudades que yo te indico. Toda esta bicoca la podrías perder, estuviste a punto de perderla, por tu abyecto temor a Martin.

—¿Qué he de hacer, Terry?

—Así me gusta. Tranquilizado y sensato. Mejoraste mucho con las enseñanzas de Martin en el arte de imitar ajenas escrituras. La letra natural de Martin es como la de todos los falsificadores, sencilla y dotada de grafológicas características fáciles para ti. Y por antigua costumbre, Martin en sus ilustraciones de mal gusto, ponía, además de su firma, la huella de su ancho pulgar. Coge papel, y desenrosca la estilográfica, que luego, bien limpia de tus huellas, pasará al bolsillo de Martin. Siéntate, y vete escribiendo. Te ruego que lo hagas esmerándote, sin comentarios necios y preguntas, capciosas.

Cerrando los ojos, Terence Flaherty dictó:

—«A mi protector y amigo Terry: Yo sé que tú sabrás comprender mi tragedia…».

Terence Flaherty dijo, mucho después:

—Firma Martin Normand, Jacques, y dame la estilográfica. Consulta tu reloj, y bajarás exactamente a las siete en punto. Irás al encuentro del comisario Saunders, que estará con el personal de rigor, forense, perito y fotógrafo. Por esta carta sabes ya cuál ha sido la tragedia de tu hermanastro. No disimularás tu temor de que el muy sensible Martin tome una decisión desesperada. ¡Era tan romántico y quería tanto a Margit!

—Pero, en el agua… ¿y cómo podré colocar esta carta y…?

—Invitarás a pasear al comisario, con el pretexto de hacerle confidencias, y caminarás hacia el cobertizo de los maniquíes. Horrorizado, señalarás una masa colgante… que será el despojo mortal de tu hermanastro. Muéstrate muy sensible…

—Pero ¿Martin no se ahogó?

—Se ahorcará dentro de poco, y precisamente en el cobertizo, donde ha permanecido la noche entera. Realmente, a las siete impresionarás favorablemente la compasión del comisario Saunders. Tu gran sensibilidad será también favorable a excitar ternura en Lizza. Un hombre sensato y afortunado, Jacques, sí. Te envidio.

Jacques Normand, sentado en la cama, se secaba el abundante sudor del rostro.

El sillón de ruedas silenciosas, se deslizó hacia la puerta, tocando en ella. Abrió Aguilar. Y al cerrarse la puerta, y quedarse solo, Jacques Normand pensó que de nada serviría sacrificar su bienestar, porque no tenía temple para exponer su vida o recaer en

la mediocridad agobiante, en inútil intento de salvar al que iba a aparecer ahorcado «dentro de poco» en el cobertizo de los maniquíes.

4

—Con limpieza, Willy, que aplique el pulgar claramente. Así… Hacedlo todo con limpieza, de modo que sólo baste dejarlo suspendido de la viga lateral con garfio. Ésta, misma cuerda es excelente, Willy. Cuando deje de removerse, cuidad de que no quede ninguna huella en su «*smoking*», ni en sus bolsillos, salvo esta carta y la estilográfica, que puede conservar unos instantes entre los dedos. Como luchó con Rudolf, no extrañarán las escoriaciones de sus muñecas. Adiós, y buen viaje, Martin Normand. No te olvides de cerrar la compuerta, Willy, cuando abandonéis la superficie del cobertizo. La pérdida de Rudolf, es irreparable, pero nuestra organización subsistirá.

5

El comisario Saunders se apartó de sus tres auxiliares, acudiendo apresuradamente al encuentro del lívido madrugador.

—Buenos días, señor Normand. Sabrá ya que su hermano no fué el que pereció en este accidente.

—He sabido que ha sido el criado Rudolf. Es mi deber ayudar al esclarecimiento del accidente, comisario. Mi hermano… descubrió esta noche, algo que casi lo enloqueció, porque se refería a la señorita Gaynor, con la que él aspiraba a casarse. Es muy confidencial, comisario.

—Le agradezco deposite en mí toda su confianza, señor Normand.

—Está de por medio el buen nombre de una señorita, ¿comprende?

Se detuvo el pintor, para encender nerviosamente un cigarrillo, y lanzó de pronto un grito:

—¡Mire!

A través de la ventana posterior del cobertizo, señalaba trémulo hacia unas piernas colgantes en el centro del largo recinto.

El comisario Saunders penetró en el cobertizo, y a su llamada acudió el forense, que atendió primeramente al desvanecido Jacques Normand, para después, examinar a Martin Normand, ahorcado y horrendo en su mueca de lúgubre sarcasmo al mostrar la desmesurada lengua violácea…

6

«A mi protector y amigo Terry:

»Yo sé que tú sabrás comprender mi tragedia, que ha inundado de tinieblas mi alma, como la negra nube tenebrosa mancha y ensucia el cielo azul. No podré sobrevivir a la más cruenta y amarga herida. Entronizar a una mujer y amarla con místico delirio, fué lo que hice con Margit. Para mí, ella era el sublime éxtasis, que sólo una vez en la vida, nos hace sentirnos seres superiores, porque perdemos en lastre de egoísmos y mezquindades. Voy a darme muerte, porque a ella no puedo matarla, porque lo poco de humano vigor que me resta, me servirá para ponerme en camino hacia ese mundo ignorado, donde espero que las almas atormentadas y los cerebros en su hervor de tortura, dejarán de sufrir. He cometido muchos errores en mi pasado que ignoras, Terry, mi buen anfitrión y Mecenas, pero nunca mujer alguna me hizo caer en el error de espiritualizarla sin reservas como hice con Margit, la de los ojos de heliotropo al reflejo del sol, y sombrías violetas cuando era de noche. He sorprendido a Margit con Rudolf, uno de tus criados.

Los he sorprendido en reveladora intimidad, que demostraba largo tiempo de secreta pasión. Roto mi ídolo, perdida la fe, debí parecerles a ellos dos, la estatua del cinismo triunfante aplastando el ensueño, ahogándolo en mi interior. Después, él acudió con la petición de que por ella, no te revelase aquellas relaciones. Lo vi hundirse en el agua turbia, de la que nunca debió salir. Corrí a esconderme porque cualquier pregunta bien intencionada, me habría hecho mucho daño. Un jurado me absolvería. Pero yo no podría vivir, con la ardiente imagen lasciva de la Circe que creí Vestal. Eres demasiado noble y cándido, en tu generosidad, Terry. Quieres rodearte de espíritus selectos, pero la tragedia ensombrecerá tu horizonte si no te liberas pronto de Circe. Tienes influencia en el sensible carácter de Jacques. Protege su ilusión. Está amaneciendo y la cruda luz del sol, haría más hiriente la muerte de mi alma a toda ilusión. Hasta el infinito,

«*Martin Normand*».

—En un rapto de locura —comentó el delegado judicial.

—Un artista enamorado de un ideal —dijo Leonard Monk—. Un exceso de intelecto conduce a la «atrabilis».

—Un loco —opinó sensatamente Saunders—. Todos estos extravagantes terminan dementes… o se ahorcan. ¿Que su adorada retozaba con Rudolf? La mancha de una mora con otra verde se quita. La verdad es que, ante la Ley, de nada es culpable la señorita Gaynor. ¿Hemos de interrogarla, señor? —consultó al delegado judicial.

—Es desagradable e improcedente, puesto que tenemos la declaración del hermano del suicida. La versión es muerte por homicidio involuntario de Rudolf Platko, en reyerta con Martin Normand, que se ahorcó en arrebato de remordimientos. Los motivos de la reyerta pertenecerán al secreto del sumario, donde constará esta carta, y las declaraciones aportadas. Lo

verdaderamente inevitable, señor Flaherty, es que no podremos evitar las cábalas y comentarios que arrojarán mayor fama de tétrica a esta agradable mansión.

Suspirando, Terence Flaherty replicó:

—Dedicaré mi esfuerzo a lograr que se casen pronto mis dos pupilas, y entonces, tal vez me decida a que alegren estos parajes, las inocentes risas de huérfanos. Un orfelinato… Sí. Es mi ilusión. Y para evitar la repetición de un accidente que me ha privado de un criado, al que perdono el haberme escarnecido, haré cegar el vertedero de las Medusas, y la piscina desaguará por otro conducto tapiado.

Ya al exterior, comentó el delegado:

—Un excelente caballero el señor Flaherty. Un filántropo.

Terence Flaherty parecía meditar un difícil problema. Consultó:

—¿Qué haría usted, Leo? ¿Reprocharía a Margit su liviandad?

—Esto no devolvería la vida a Rudolf ni a Martin.

—Muy bien opinado, Leo. ¿Por qué no me hace un favor?

—Los que usted quiera, Terry.

—Enviaré a Margit y a Lizza a, la ciudad; que se alojen en un hotel, y se distraigan, porque durante unos días, esta colina les traería malos recuerdos. Le quedaría muy agradecido, si usted procurara que no se atormenten con supersticiosas obsesiones. Han empezado a imaginar que son «korriguers», que así llaman en Irlanda, a las bellezas que atraen la desgracia de los que las aman.

—Sabré desvanecer esta superstición, Terry.

—Gracias. Iré a hablar con Margit. Seré tolerante. Me acercaré a visitarle, Leo, una de estas noches. Tengo curiosidad por conocer sus métodos originales. ¿Lleva ahora, algún caso?

—Estudio las efemérides.

—¿Cómo…?

—Repaso fechas antiguas, historias de años atrás.

—Tengo curiosidad por obtener más detalles de su modo de investigar, Leo. Hasta pronto. Les diré a ellas que le visiten, y usted logrará interesarlas.

—Lo intentaré. Hasta pronto, Terry.

—No debes dejarte apabullar el ánimo, Margit.

—El pobre Rudolf ahogado, y Martin ahorcándose… Horrible… Tienen razón en el poblado al decir que hay maleficio en esta colina, Terry.

—Rudolf resbaló discutiendo con Martin.

—Pero ¿Por qué discutieron?

—No quería decírtelo, Margit…, pero Rudolf hace tiempo que te amaba en silencio.

—¡No! ¡Esto es insensato, Terry! Rudolf me miraba con expresión respetuosa e indiferente…

—Tu ingenuidad es mucha, niña. Iguala al embrujo de tu belleza.

—¡No cites ésta, palabra! Terminaré por creer que soy «korriguer».

—Bah, bah… Necias supersticiones. Tú y Lizza iréis a la ciudad, al «Hotel Astoria». Es preciso que os distraigáis, y que por unos días estéis apartadas de estos parajes. Que Lizza se inscriba en el curso de Arte Escénico, y se aparte también de los maniquíes, que contribuyen a que el poblado la tache de extravagante. Id a visitar a Leonard Monk. Es astrólogo, y sabe luchar contra las supersticiones, mejor que yo.

—Pero, dejarte solo…

—Tengo mucha más compañía de la que os figuráis —sonrió ambiguamente Terence Flaherty—. Mucha vida interior. Y atiende un consejo, Margit. Cuando alguien te hable de tus novios huidos, o del pobre Rudolf, o de Martin, no te enfurezcas ni discutas, porque en tu inocencia al defenderte de ser «korriguer», les das mayor motivo para que te crean Circe.

—Circe embrutecía a sus adoradores, convirtiéndolos en bestias que morían… mal. ¡Es horrible!

Ella salió corriendo, convulsa en sollozos. Terence Flaherty se acarició la aguda barbilla. Siempre sería «Circe» el calificativo judicial a las muertes de Rudolf Platko y Martin Normand, satisfactoriamente resueltas. Y sonrió despreciativo, pensando en el huero y afectado detective Monk, figurón apto para casos de divorcio y damas chismosas.

CAPÍTULO VIII

LOS «ASTROS». DE LEO MONK

1

Bajo la luz azul del techo zodiacal, murmuró Margaret Gaynor:

—Me he decidido por fin, Leo, a consultarle. Y también mi prima. Usted ha sido muy agradable estas tres últimas noches, y ha conseguido que hasta Jacques olvide su penar. Él no ha querido venir, porque dice que estaremos más libres de espíritu solas con usted. Como en la visita al psiquiatra.

En su sillón tras larga mesa negra, Leonard Monk acreditaba su reputación de «mago moderno», embaucador extraño. No sonreía. Parecía un lunático convencido de su poder secreto.

—Un solo soporte para quien me consulta. Siéntese, Margit. Usted, Lizza, permanezca a un lado. Yo no soy un psiquiatra, al que consultan numerosos desquiciados. Estamos en la década del «des». Desquiciamiento, desencanto, desilusión ambiental. Pero ustedes son jóvenes saludables. Mi método inicial con cualquier cliente, está destinado a impresionar. Un médico en mangas de camisa y recetando una purga, pierde el cliente. Si viste blusa de seda con iniciales, lleva gafas montadas al aire, con varilla de oro, y receta un producto raro, después de someter a su cliente a diversas observaciones bajo rarísimos artefactos goza fama de talentudo, y justifica unos honorarios elevados. Todo es ambiental, apariencia, sugestión. Si yo le ruego que me diga el día en que nació, y hago brotar luz blanca entre sus manos, y hago vibrar arena y pedruscos de color, podré establecer un diagnóstico aproximado de su carácter, pero lo que es indudable es que mi cliente sale de aquí,

luchando con un dilema. ¿Soy un charlatán embaucador? ¿Es real la influencia de los astros, y la configuración de las manos? ¿Determina el carácter el mayor o menor grado imaginativo?

Ambas se sobresaltaron, al encenderse la luz normal, y ponerse en pie Leonard Monk.

—Los nervios femeninos son muy sugestionables, y la mayor parte de mis clientes son femeninos. ¿Mayor propensión a ver misterios donde solo hay lisa y llana vulgaridad? ¿Mayor desquiciamiento en Eva? Ocupe mi sillón, Lizza. De todos modos habrán de permanecer en esta sala, hasta que luzca mañana un nuevo sol. Es mi destino, provocar asombro. No lo hago adrede. Sucede que asombro, cuando he logrado establecer la relación final entre términos obscuros sin relación, cuando un extremo de hilo atraído suavemente para que no se quiebre, va formando el ovillo, y lo disperso, lo ilógico, se junta en clara lógica. Usted, Margit, se obsesiona en el convencimiento de que sus ojos heliotropo, tienen maleficio, porque huyó la mañana de su boda el príncipe Mihail. Y porque Martin Normand se ahorcó tras pelear con el secreto enamorado Rudolf.

Ambas escuchaban tenso el espíritu, impresionadas por aquél que ya no era un *dandy* de paradojas y frases complicadas. Iba adivinando un obscuro sentido en la misma complicación reciente.

Leonard Monk, sentado a un extremo de la mesa, no las miraba. Parecía seguir el curso de unas revelaciones escritas en el techo estrellado de constelaciones.

—Ni el príncipe Mihail huyó, ni Rudolf la amaba, ni Martin se ahorcó. Usted es una preciosa Eva normal, que hallará su Adán, cuando vaya olvidando el encanto del príncipe Mihail. No fueron ustedes novias irritadas y heridas en su amor propio, sino ridiculizadas con intención por intereses ajenos a todo amor. Es cierto que Saunders vio en la canoa a Mihail y a Bela, pero no pudo ver que al doblar una de las isletas, saltaban a la canoa varios individuos. Mihail y Bela murieron. Mañana les expondré detalladamente lo ocurrido. Ahora sólo pretendo normalizar su espíritu de muchachas en flor, que no deben convertirse en maniacas desilusionadas. Sean buenas y no pregunten, aunque estén ansiosas de averiguar. Estoy esperando una visita a las diez y media. Ustedes dos oirán, sin ser vistas. Prepárense al último

desengaño… Mañana saldrá el sol, del que huyo, pero que es vital para dos juveniles temperamentos románticos.

—Yo… —musitó Elizabeth
O'Brien.

—Usted en estos tres últimos días, libraba un combate consigo misma, quería consolar a Jacques Normand, pero había algo en él que le repelía. Siempre repele un asesino… Eso es. Muérdanse los labios, y no griten. Respeten mi fría astrología.

La sonrisa muy cordial, cálida, de vigorosa personalidad, hacía casi irreales las palabras.

—El peor asesino no es el que mata, sino el que deja matar. Éste es el crimen de Jacques Normand. ¿Mis métodos? Pronto los oirán. Se basan en dos principios: si mi cliente es impresionable, impresiono. Si es inteligente, disimulo mi inteligencia. Considero clientes, tanto el que me pide ayuda para resolver un misterio, como aquél a quien demuestro su participación en el misterio. Son las diez y veintitrés. Les ruego pasen la una salita anexa, y me perdonen si les causo una desilusión, pensando en que así les evitaré un porvenir melancólico. Celebro que estén sumidas en un estado casi soñoliento, que demuestra la calidad de sus nervios. Por aquí, ojos de heliotropo, y considere mi actuación desde un punto de vista de crítica escénica, Lizza.

Ellas dos se encontraron en una salita riente, de cortinajes floridos, cuadros donde los paisajes eran primaverales, y muebles de femeninos contornos.

Un cuadro, en vez de paisaje, tenía letras pintadas:

«APARTARAS Y MIRARAS, EVA CURIOSA
PARA BIEN O PARA MAL, PERO VIVIR
EN LA IGNORANCIA ES CRUEL».

2

Funcionó el resorte, y la puerta, al abrirse, mostró en su sillón de ruedas a Terence Flaherty. Tras él, el mejicano Aguilar.

—Buenas noches, Leo. ¿Trucos electrónicos, no? Creí que nos recibiría su secretaria.

—Luana está consultando los astros desde el mismo instante en que yo visité «Cumber Manor», Terry. Es muy privada nuestra conversación.

—Espera en la antesala, Aguilar.

El mejicano apartó las manos del respaldo, y abandonó el amplio despacho, iluminado de luz azul. Se cerró la puerta, y Terence Flaherty fue deslizando su sillón, hasta detenerlo al otro lado de la mesa. Miraba, entornados los párpados…

—A las diez y media en punto, dijo usted, Leo, al telefonearme. Y acudí presuroso, porque hizo una mención intrigante.

—No Lo es para ninguno de nosotros dos, Terry. Dije: «Por el mar y bajo la tierra».

—Lo interpreté como un mensaje cabalístico de astrólogo.

—Y acude en punto. Una hora después en que, por el mar, su pequeño yate recogiera a Mark Gilbert y a Carol Leroy, transbordados con provisiones desde una lancha del frutero «Adalid», de la naviera «Mayendorff». Mi secretaria Luana estaba consultando los astros en la isleta de Guano, y su emisora me comunicó la noticia del feliz arribo de los adormilados tunosos. Así como el ingenioso acceso… Pero los astros tienen un rigor cronológico, Terry.

Terence Flaherty daba la impresión de un zorro amodorrado.

—Le dije que, en ciertos casos, mi método era como todo lo genial, sencillísimo. Consultar efemérides, fechas pasadas. Usted apareció en el año mil novecientos cuarenta y siete, comprando la casa de la colina, antigua propiedad de unos austríacos apellidados Mayendorff. Un antiguo convento franciscano, reformado por el mejicano Pío Picos. Usted era un irlandés pintor, rico por la fortuna de un «Derby» australiano. Una carrera de caballos muy pródiga en recompensa. Juegan millones de seres, y sólo uno sale premiado. Es preciso que su boletín tenga el mismo número que el de la lotería «Sweepstake», y que, además, tenga el nombre del caballo ganador entre treinta puras sangre, de los que apenas llegan una decena a la meta, tras salvar obstáculos. Un Derby de Sidney, que tiene veintidós años de vigencia.

Tocó Monk sobre la mesa una carpeta.

—Efemérides. Veintidós años de Derby condensados en veintidós revistas dominicales de Sidney, que dedican numerosas páginas a los resultados del «Sweepstake», con fotografías del afortunado ganador, datos personales, etcétera, etcétera. Si usted dijo que había ganado un «Sweepstake», ¿quién iba a ponerlo en duda? Hubiera sido sospechoso que dijera que su inmensa fortuna la había ganado con el esfuerzo de su trabajo. Es así la mentalidad humana.

—Me precio de saber aquilatar la filosofía vulgar, pero la suya me resulta incomprensible, Leo.

—Documentalmente, comprobé que había usted mentido. Una mentira sin maldad ni consecuencias. Es usted muy libre de mentir. Volví a consultar las efemérides. Los periódicos franceses, a partir de la liberación y los alemanes, en el periódico del cuarenta al cuarenta y cinco, en la ocupación de Hungría. Una ocupación simbólica. Hallé los apellidos Dulovitch y Lukas. Eran germanófilos, y colaboraron, aunque después consiguieran demostrar al tribunal aliado, que habían prestado servicios al espionaje inglés. Encontré también el apellido Mayendorff. Austríacos, algunos de ellos fusilados por conspirar contra el régimen hitleriano.

—La política no me interesa.

—A mí, tampoco. En cambio, la historia anecdótica es una de mis aficiones. Consultar mohosos manuscritos, como el que es obra de Fray Junípero Serra, un franciscano, en que cita un caserón en la cumbre de una colina, mirando al mar y a las isletas, y aludiendo a los ataques de pieles rojas, que obligaban a los franciscanos a buscar refugio bajo determinadas piedras. Adjunta un plano, muy borroso, pero con lupa se puede reproducir.

—Subterráneos que sirven de bodegas y alacenas, por su frescor.

—La Historia, de la California mejicana es apasionante. El presidente Pío Pico tuvo un memorialista, que alude a la entrega de armas por mar y en noches obscuras, y a cierto pasadizo vertical, que desde la playa, conducía al subterráneo franciscano.

—Es la instalación de la tubería y bombas aspirantes impelentes que servían para llenar la piscina, con agua de mar.

—Y por último, no hay memorialista para los Mayendorff, que en mil novecientos treinta y nueve después de residir veinte años en «Cumber Manor», tras la guerra del catorce que disolvió el imperio austro-húngaro, regresa a Austria. Pero tengo corresponsales en

astrología en diversas capitales. Viena, Budapest… Les mando sellos, libros de historia difíciles de hallar, revistas… Sin moverme de mi torre de marfil. Tienen por profesión la de indagar privadamente. Aparece en el año 1946, en Dublín, un austríaco Mayendorff, que instala en Balboa una agencia naviera. Tiene frecuentes entrevistas en Dublín con un pintor irlandés, mal visto, porque es maligno, inteligente y perverso. Sufre de ataques que creen son de poliomielitis, y resulta ser de ataxia locomotriz. Unos parientes lejanos, al morir, dejan huérfanas a dos muchachitas, Margit y Lizza. Tendrán que escoger entre servir o malvivir. Pero he aquí que, tras marcharse de Dublín, Rupert Mayendorff, el pintor irlandés, toma tres pasajes para Norteamérica. Ha aceptado ser el tutor irlandés, de las dos huérfanas pobres. En Irlanda, no es tutor el que administra solamente bienes. Lo es también el pariente lejano, que ante la Ley, se compromete a dar hogar y decente trabajo a los sin hogar.

—Desde su torre de marfil ha viajado usted en un instante, por muchos lugares, Leo.

—El secreto es saber leer, saber consultar. Llega a Los Angeles, en el 47, un individuo que inspira simpatía. Protege a dos huérfanas, hermosas, es extravagante como buen artista, posee una fortuna considerable. Excelentes auspicios para la Oficina de Inmigración, y más cuando anuncia su propósito de invertir dinero en adquirir terreno, y crear un refugio amable para sus protegidas. Recorre agencias de fincas, y parece interesarse por la antigua casa de los Mayendorff, cuando le dice el agente inmobiliario Ferguson, que con las debidas obras, aquel caserón de San Nicolás será el ideal refugio para un artista. Yo creo en la conjunción astral, porque es matemática. A lo lejos una estela, fugaz, que desaparece… Rupert Mayendorff en Dublín, que visita a un pintor pobre… Conjunción cerca de Los Angeles, ciudad terrenal. El pintor, rico, compra la casa de los Mayendorff.

—Sus astrales deducciones pueden conducirnos a infernales conclusiones desagradables.

—Usted mismo reconoció que entre dos inteligencias no hay nada desagradable e insoslayable. Tuvo la gentileza de añadir que usted era inteligente. Siga siéndolo…

Las dos manos cruzadas sobre la manta, se crisparon, pero

Terence Flaherty continuó impasible, zorruno.

—Una naviera en Panamá, con Rupert Mayendorff al frente. Y una casa solitaria propiedad de Terry. ¿Qué relación existía? Unas joyas vendidas en Manzanillo, Mazatlán y Balboa. Un Mayendorff con familiares fusilados en el año 1943, y dos húngaros de la Gestapo que son invitados por Carol Leroy a visitar a un original irlandés. Acuden los dos húngaros, y se enamoran cuatro seres. ¿Por qué huyen? ¿Indecorosos ladrones de joyas, que han sabido que las dos bellezas no tienen fortuna propia? También es posible que la misma madrugada de la boda, alguien les insinúe que bajo tierra, bajo sus mismos pies, hay un austríaco llamado Willy Horbig.

Terence Flaherty abrió los ojos, en respingo de sacudida vibrante.

—La Oficina de Inmigración de California no es más exigente que las otras, pero deniega la entrada a miembros de la Gestapo, que fueron absueltos o escaparon de campos de concentración. No leí en ninguna efemérides el nombre de Willy Horbig, pero sí constaba en el registro panameño, como procedente de Europa; y pasajero en el «Amador» rumbo a Guayaquil. Willy Horbig Mayendorff.

—La política no me interesa, dije antes.

—Ni tampoco la inmigración clandestina. Los fruteros de Mayendorff además de fruta, transportan, hasta transbordar, gente que en sus naciones de naturaleza, no pueden rehacer sus vidas. Y que no pueden esperar que la inmigración yanqui les conceda la ciudadanía nueva. Tienen joyas con las que pagaran el viaje, enseñanza y adquisición de documentos falsificados.

—Mucho le revelan sus astros, señor Monk.

—Debemos ayudar nuestra estrella, señor Flaherty. En la relación de joyas robadas, hay un aderezo de esmeraldas engarzadas en orfebrería de Linz. Consulté un corresponsal del
F. B. I.
en Washington. Una conferencia amistosa. En efecto, un aderezo igual era propiedad de un judío austríaco, que reventó sus pulmones en una cámara de gas, y tenía una ama de llaves que se salvó. Una tal Gerda Maurendortz… Se salvó, y en el campo de concentración aliado, declaró que dicha joya, con las demás, habían sido requisadas por un carnicero austríaco, que murió como una de

sus víctimas: desangrado. Curioso… En la misma lista de registro panameña, figura Gerda Maurendortz, procedente de Europa, y como Willy Horbig Mayendorff, pasajera del «Amador». Las autoridades panameñas ceden el paso a quien sea, así fuera el propio diablo, mientras no permanezcan más de siete días en Panamá. El frutero «Adalid» carga muchas provisiones. Es el medio de evitar que excesivas compras alimenticias extrañen en Los Angeles o en el poblado. Carga también, recogiéndolos del «Amador», los inmigrantes clandestinos que pueden pagar los bien organizados servicios de la agencia Mayendorff y la solapada agencia «Manor Cumber», que les proporciona el acceso por el mar, hospedaje bajo tierra, y documentación.

—Debí imaginar que usted no era el fatuo pedante que representaba.

—Tampoco es usted el Mecenas filántropo que supone el propio comisario Saunders. Acertaba Carol Leroy… Ella y Mark, tenían una sombra que les seguía, Un agente del

F. B. I.

Era preciso establecer el itinerario. ¿Podían ellos dos morir por el camino? Había un pequeño porcentaje de probabilidades, pero el mayor lo arrojaba la técnica artística del buen Terry Terence Flaherty, avisado por los empleados del «Tachter Kiosk», sucursal de Mayendorff, estimó que Carol, que persistía en ser maligna, debía pagar el grave insulto de haberle llamado «impotente varón». Me lo confesó. Es el peor insulto que un hombre recibe. Pero hablemos de los hermanos Normand. El pintor vende en galerías de diversas ciudades, pero sus cuadros los adquiere por cuenta de Flaherty, un marchante que en términos artísticos y también vulgares, recibe la denominación de «hombre de paja». Jacques viaja, y comprueba dónde tienen más posibilidades de ser colocados los ciudadanos clandestinos, provistos de documentación bien arreglada por Martin Normand, tres años de cárcel en Lyon por cheque falso, dos en Marsella por chantaje, uno en Londres, por adulterar etiquetas de vino. Otra conjunción. ¿Cómo aparece Martin Normand de invitado? Ha sabido imponerse. Lleva en la sangre el chantaje. Sería un buen golpe…

—Casarse con Margit y sacar una dote crecida. Pero Rudolf…

—Lo real es terreno… y sucio. Los astros, señor Flaherty. Un

cínico aventurero, no escribe una carta tan sentimentalmente cursi. Bien está que firme sus ilustraciones con el pulgar. ¿Lo haría un hombre que va a suicidarse? Sí, si fuera Goethe. ¿Desengaño pasional? Martin Normand puede matar, pero no matarse. Siempre en el cielo astral, ¿por qué llamó e interpeló a un invisible Rudolf, delante de Mark y de mí, allá en el porche? ¿Por qué usted, tan cortés, denegó mi oferta de encendedor para su cigarro brasileño? Y apenas encendió el suyo, dotado de llama verdaderamente poderosa, resonó el alarido. No cabía duda, era Martin Normand, que usted mismo nos anunció estaba esperando a Margit. Pero cuando salió a flote Rudolf, el temor, el primitivo pánico, le inundó, Terry. Y el hermano del ahorcado, descubre el cuerpo, lloriquea histéricamente, y apenas fuera de la colina, hace una corte muy francesa a Lizza, sin poder ocultar la seguridad de ser aceptado por ella. Tenues matices astrales. Eros y Venus no concuerdan, ni es estelar que Circe arañe al que intenta besarla horas antes de escribir carta, tan románticamente cursi. Pero lo terreno y sucio, es enlodar a Margit, y contribuir a crear fama de desquiciada a Lizza, proporcionándole maniquíes. Y lo inhumano, es modelar sobre cadáver, Terry. La cera y pintura cubriendo embalsamados cuerpos torturados. Un modo de esquivar lo más difícil en el delito: esconder el cuerpo del delito.

—Su ciencia me abruma, Monk. ¿Y qué ha decidido? ¿Llevarme ahora a la policía?

—Yo no. Irá usted mismo. Fuera ya hay quien se ha hecho cargo de Aguilar, otro elemento de la organización.

—Yo no maté a Mihail ni a Bela. Fué Willy, ayudado por Gerda.

—Tampoco usted estranguló a Martin Normand. Ni lo ahorcó Jacques Normand. El condenado a muerte no odia al verdugo ejecutor, sino al que le envió a la horca. Yo no odio al que mata pistola en mano.

Repentinamente las manos de Flaherty bajo la manta aparecieron, y disparó con saña, revulso el rostro en mueca de odio.

Las balas rebotaron siniestramente contra la lisa superficie de negro ébano que con la misma rapidez, Leonard Monk había levantado como se alza la tapa de un pupitre.

La voz fría, inexorable, prosiguió:

—Conjunción astral. Menciono el arma, y usted la quiere usar,

Terry. He tenido otras visitas que han reaccionado de idéntico modo. Me han ido ejercitando. Además, Terry… Sobre nuestras cabezas, el techo pulido, refleja lo que mis ojos no pueden percibir directamente. Y es mi costumbre, hablar consultando los astros.

—Quedan balas… —resolló el irlandés, girando con la zurda una de las ruedas, y encañonando hacia el rectángulo de ébano blindado, tras el que se sentaba Leonard Monk—. No miraré hacia arriba, si eso es lo que pretendes…

—Verías la puerta abrirse muy silenciosamente y penetrar a Carol Leroy y Mark Gilbert.

Terence Flaherty encogió el cuello, ladeando el sillón, y disparó hacia la puerta que se abría.

Sobre su mano armada golpeó un puño de bastón. El arma con una sola bala, cayó al suelo.

La puerta mostraba la antesala vacía. Leonard Monk empujó por el respaldo el sillón rodante.

—Nada es difícil entre dos inteligencias, Terry. Tienes mucha vida interior, y tendrás largo tiempo para meditar en el signo de Saturno bajo el que naciste. Maléfica influencia.

Terence Flaherty escupió silbante, al ponerse en pie, atravesando la abierta puerta. Volvió a sentarse, empujado rudamente por las manos del comisario Sanders. Había otros hombres… y una mujer.

Leonard Monk retrocedió. El «Caso de las Novias Rabiosas» había terminado.

Fué a colocar en su habitual posición el parapeto blindado, y se sentó. Maniobró el pulsador que cerraba la puerta. Carol Leroy, algo demacrada, avanzaba apoyándose en el brazo de Mark Gilbert.

—En la redada completa, nos incluiste —dijo a modo de saludo, Mark Gilbert, hoscamente, pero sin rencor—. Pudieron matarnos a bordo…

—Navegabais bajo el signo de Aries, favorable.

—¡Oh, usted y sus malditos astros! —empezó a indignarse ella.

—Déjale, querida. Parece hablar por hablar, pero sabe lo que dice. ¿Qué mil malditos astros son ese Aries navegando, pedazo de iceberg?

—Cuenta hasta diez, cariño —aconsejó ella.

—El capitán del «Adalid» fué advertido por radio, que sufriría la pérdida de su empleo, y la pena mínima por violar la ley de

Inmigración, si seguía el rumbo de ordinario, y depositaba aquí, salvos y sanos, dos narcotizados por el capitán Graven, del «Amador». En caso de incumplimiento, se le aplicaría con el máximo rigor la pena correspondiente a su delito. Es decir, si os mataba, iría a la silla eléctrica. Os lo garantizo. No te reprocho nada, Mark. Estabas bebiendo con un tejano, y en plena euforia.

—¿No me dirás que también previniste al capitán… maldito sea su nombre…?

—Austin Craven. Se le radió un mensaje idéntico al que recibió el capitán del «Adalid». La pena por violar la ley de Inmigración que se aplica a los capitanes de mar, depende de las aguas que naveguen. Les prohíbe navegar en las jurisdiccionales de Norteamérica. Por eso, ambos, se limitaron a transbordar. Craven, dos fardos durmiendo, y Brunswick, dos fardos de lana. En el yate, los recogió Willy Horbig, según me ha comunicado Luana, y al poco, una lancha del servicio de guardacostas, atrapaba el yate y sus ocupantes, subiendo después por el espacio en rededor de la tubería subterránea de «Cumber Manor» y atrapando a los clandestinos inmigrantes. Hablará con exceso. Nunca bebas con un desconocido, Mark. Celebro verte muy silenciosa y discreta, Carol. Tu astro es Capricornio, y anuncia que permanecerás en una horrenda soltería toda tu vida.

—¡Fallo y pifia! —rió ella—. ¿Verdad, cariño?

—Si tus astros hubieran fallado, mi chica y yo podíamos haber tenido un mal fin.

—Lo tendréis igualmente. Os convertiréis en dos seres terrenales, normalmente vulgares, con hijos y nevera a plazos. Pasad a la salita de observación destinada a las damas. Os lo agradeceré. Sed todo lo vulgares posible, pero confortad a Margit y Lizza con vuestra saludable normalidad.

Leo Monk abandonó su despacho y miró al que respetuosamente se puso en pie.

—Le estaba esperando, señor Monk, porque… privadamente tengo que pedirle excusas; me acuso de haberle menospreciado mentalmente. Le consideré un chiflado más.

—¿Qué día nació y de qué mes, comisario Saunders?

—Pues… el doce de enero del año nueve.

—Tiene suerte. Ha cumplido ya los cuarenta y un años. Es un

cálculo sencillo y lógico. ¿Opina lo contrario?

Dirigiéndose al coche, el comisario Saunders emitió una risita desconcertada.

—Se está «quedando» conmigo, y lo tengo bien merecido, señor Monk —y añadió, al sentarse junto al impasible Monk—: Flaherty también pensó que usted era un chiflado.

—¿Cuántos hijos tiene usted, comisario? —preguntó Monk, virando para emprender la ruta hacia el Departamento de Represión de la Inmigración Clandestina.

—Dos varones y una hembra, señor Monk.

—Apárteles de todo estudio excesivo. Cocina para ella, comercio para ellos.

—Oh, sí, señor. Comprendo la insinuación, señor.

—¿Por qué me tiene tanto respeto? Me responde como los enfermeros al demente, dándome siempre la razón. Soy genial, eso es todo.

—¡Oh, sí, señor! ¡Vaya que sí, señor!

—Volvamos a la tierra, comisario. Tengo euforia, porque he salvado dos juveniles rosas de ser mancilladas por la baba de una oruga, o si lo prefiere, para ser más claro, he librado a dos ingenuas de sucumbir al maníaco influjo de la superstición devastadora.

Asintió Saunders, pensando que por suerte, el detective Leonard Monk era menos «astral» y confuso, en sus comunicados a la policía. Unos comunicados, breves, concisos, luminosos… como el astro Sol.

3

—Baila usted muy bien, Leo.

—El oso se transformaría en crisálida si tuviera la oportunidad de llevarte en sus brazos al son de música celestial, Margit. Luana va a casarse. ¿Quieres ser mi secretaria?

Ella asintió mudamente. Estaba dispuesta a que aquel extraño astrólogo, bajara a la tierra. De momento, apoyó su mejilla contra la marmórea y varonil.

Y al sentir que se iba entibiando, sonrió.

—Campanitas de primavera, Margit. Así se intitula este bailable.

Repican quedamente, ahora que la orquesta enmudece.

—Puede usted… soltarme.

—¿Para qué? No tardaran en tocar el siguiente ritmo, intitulado «Nos vamos a querer con rabia».

—¿Cómo lo sabes? —rió ella.

Solos en el centro de la pista, muy lejos de la tierra, él replicó:

—Me lo dice el corazón.

En una de las mesitas, opinó Carol Leroy:

—Creo que ha caído de toda la altura de sus astros, mi vida.

—Es el sino fatal de Piscis. La sirena y el tiburón. También Lizza encontrará su tiburón para domesticar, desde el tablado. Dicen que llegará lejos, porque es actriz rabiosamente sincera.

—Y ambas ya no le temen al calificativo. ¿Bailamos, corazón?

—Soy todo tuyo.

4

Fué auténtica rabia la que sacudió a Terence Flaherty, en el primer año de sus veinte de condena, al conocer casualmente las bodas de Margaret Gaynor y Elizabeth
O'Brien.

Willy Horbig Mayendorff, su compañero de condena, era más filosófico. Se dedicaba al estudio concienzudo de la Astrología. Y le complacía haber llegado a la conclusión de que en el año 1955, el globo terráqueo estallaría. Era lo justo para un mundo que enjuiciaba tan impropiamente a dos artistas del crimen, por tres asesinatos, cuyo móvil fué muy diversamente calificado, por el fiscal, por el defensor, y por los propios artistas.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.